COMEDIA FAMOSA.

LAS MOCEDADES DEL CID.

PRIMERA PARTE.

DE DON GUILLEM DE CASTRO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey Don Fernando.
La Reyna su muger.
El Príncipe Don Sancho.
La Infanta Doña Urraca.
Diego Lainez, padre del Cid.
Rodrigo, el Cid.
Hernan Diaz, y Bermudo Lain, hermanos del Cid.
El Conde Lozano.
Ximena Gomez, hija del Conde.
Elvira, criada de Ximena.
Arias Gonzalo.
Peranzules.
D. Martin Gonzalez.
Un Maestro de armas del Príncipe.
Un Rey Moro.
Quatro Moros.
Un Pastor.
Dos ó tres Pages.
Música.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey Don Fernando y Diego Lainez, los dos de barba blanca, y Diego Lainez decrépito. Arrodíllase delante del Rey, y dice:

Dieg. ES gran premio á mi lealtad.
Rey. A lo que debo me obligo.
Dieg. Hónrale tu Magestad.
Rey. Honro á mi sangre en Rodrigo,
Diego Lainez, alzad.
Mis propias armas le he dado
para armarle Caballero.
Dieg. Ya, señor, las ha velado,
y ya viene.
Rey. Ya le espero.
Dieg. Excesivamente honrado.
Pues Don Sancho mi señor,
mi Príncipe, y mi señora
la Reyna le son, señor,
padrinos.
Rey. Pagan ahora
lo que deben á mi amor.

Salen la Reyna y el Príncipe Don Sancho, la Infanta Doña Urraca, Ximena Gomez, el Conde Lozano, Arias Gonzalo y Peranzules.

Urr. Qué te parece, Ximena,
de Rodrigo? *Xim.* Que es galan:
y que sus ojos le dan *ap.*
al alma sabrosa pena.
Rey. Qué bien las armas te están!
Bien te asientan. *Cid.* No era llano,
pues tú les diste los ojos,
y Arias Gonzalo la mano?
Arias. Son del Cielo tus despojos,
y es tu valor Castellano.
Rey. Qué os parece mi ahijado?
Sanch. No es galan, fuerte y lucido?
Cond. Bravamente le han honrado
los Reyes. *Per.* Extremo ha sido.
Cid. Besaré lo que ha pisado
quien tanta merced me ha hecho.
Rey. Mayores las merecias:
qué robusto, qué bien hecho!

bien te vienen armas mias.
Cid. Es tuyo tambien mi pecho.
Rey. Lleguémonos al altar
del Santo Patron de España.
Dieg. No hay mas glorias que esperar.
Cid. Quien te sirve y te acompaña,
al Cielo puede llegar.
Corren una cortina, y aparece el altar de Santiago, y en él una fuente de plata, una espada, y unas espuelas doradas.
Rey. Rodrigo, quereis ser Caballero?
Cid. Si quiero.
Rey. Pues Dios os haga buen Caballero.
Rodrigo, quereis ser Caballero?
Cid. Si quiero.
Rey. Pues Dios os haga buen Caballero.
Rodrigo, quereis ser Caballero?
Cid. Si quiero.
Rey. Pues Dios os haga buen Caballero.
Cinco batallas campales
venció en mi mano esta espada,
y pienso dexarla honrada
á tu lado. *Cid.* Extremos tales
mucho harán, señor, de nada.
Y así, porque su alabanza
llegue hasta la esfera quinta,
ceñida en tu confianza,
la quitaré de mi cinta,
colgaréla en mi esperanza.
Y por el ser que me ha dado
el tuyo, que el Cielo guarde,
de no volvérmela al lado
hasta estar asegurado
de no hacértela cobarde:
que será, habiendo vencido
cinco campales batallas.
Cond. Ofrecimiento atrevido. *ap.*
Rey. Yo te daré para dallas
la ocasion que me has pedido:
Infanta, y vos le poné
la espuela. *Cid.* Bien soberano.
Urr. Lo que me mandas haré.
Cid. Con un favor de tal mano
sobre el mundo pondré el pie.
Pónele las espuelas.
Urr. Pienso que te habré obligado,
Rodrigo, acuérdate de esto.
Cid. Al Cielo me has levantado.
Xim. Con la espuela que le ha puesto,
el corazon me ha picado.
Cid. Y tanto servirte espero,
como obligado me hallo.
Reyn. Pues eres ya Caballero,
vé á ponerte en un caballo,
Rodrigo, que darte quiero.
Y yo y mis Damas saldremos
á verte salir en él.
Sanch. A Rodrigo acompañemos.
Rey. Príncipe, salid con él.
Per. Ya estas honras son extremos. *ap.*
Cid. Qué vasallo mereció
ser de su Rey tan honrado?
Sanch. Padre, y quándo podré yo
ponerme una espada al lado?
Rey. Aun no es tiempo.
Sanch. Cómo no?
Rey. Pareceráte pesada,
que tus años tiernos son.
Sanch. Ya desnuda, ó ya envaynada,
las alas del corazon
hacen ligera la espada.
Yo, señor, quando su acero
miro de la punta al pomo,
con tantos brios le altero,
que á ser un monte de plomo,
me pareciera ligero.
Y si Dios me da lugar
de ceñirla, y satisfecho
de mi pujanza, llevar
en hombros, espalda y pecho,
gola, peto y espaldar,
verá el mundo que me fundo
en ganarle; y si le gano
verán mi valor profundo,
sustentando en cada mano
un polo de los del mundo.
Rey. Sois muy mozo, Sancho, andad,
con la edad daréis desvio
á ese brio. *Sanch.* Imaginad
que pienso tener mas brio
quanto tenga mas edad.
Cid. En mí tendrá vuestra Alteza
para todo un fiel vasallo.
Cond. Qué brava naturaleza!
Sanch. Ven, y pondráste á caballo.
Per.

Per. Será la misma braveza.
Rey. Vamos á verlos. *Dieg.* Bendigo,
hijo, tan dichosa palma.
Rey. Qué de pensamientos sigo!
Xim. Rodrigo me lleva el alma. *ap.*
Urr. Bien me parece Rodrigo. *ap.*
Vanse, y quedan el Rey, el Conde Lozano, Diego Lainez, Arias Gonzalo y Peranzules.
Rey. Conde de Orgaz, Peranzules,
Lainez, Arias Gonzalo,
los quatro que haceis famoso
nuestro Consejo de Estado,
esperad, volved, no os vais,
sentaos, que tengo que hablaros.
Siéntanse todos quatro, y el Rey en medio de ellos.
Murió Gonzalo Bermudez,
que del Príncipe Don Sancho
fué ayo, y murió en el tiempo
que mas le importaba el ayo.
Pues dexando estudio y letras
el Príncipe tan temprano,
tras su inclinacion le llevan
guerras, armas y caballos:
y siendo de condicion
tan indomable y tan bravo,
que tiene asombrado el mundo
con sus prodigios extraños;
un vasallo ha menester,
que tan leal como sabio,
enfrene sus apetitos
con prudencia y con recato.
Y así yo viendo, parientes
mas amigos que vasallos,
que es Mayordomo mayor
de la Reyna Arias Gonzalo,
y que de Alonso y García
tiene la cura á su cargo
Peranzules, y que el Conde,
por muchas causas Lozano,
para mostrar que lo es,
viste acero, y corre el campo;
quiero que á Diego Lainez
tenga el Príncipe por ayo.
Pero es mi gusto, que sea
con parecer de los quatro,
columnas de mi corona,
y apoyos de mi cuidado.
Arias. Quién como Diego Lainez
puede tener á su cargo
lo que importa tanto á todos,
y al mundo le importa tanto?
Per. Merece Diego Lainez
tal favor de tales manos.
Cond. Sí merece, y mas ahora
que á ser contigo ha llegado
preferido á mi valor
tan á costa de mi agravio.
Habiendo yo pretendido
el servir en este cargo
al Príncipe mi señor,
que el Cielo guarde mil años,
debieras mirar, buen Rey,
lo que siento y lo que callo,
por estar en tu presencia,
si es que puedo sufrir tanto.
Si el viejo Diego Lainez
con el peso de los años
caduca ya, cómo puede
siendo caduco ser sabio?
Y quando al Príncipe enseñe
lo que entre exercicios varios
debe hacer un Caballero
en las plazas y en los campos,
podrá para darle exemplo,
como yo mil veces hago,
hacer una lanza hastillas,
desalentando un caballo?
Si yo::- *Rey.* Baste.
Dieg. Nunca, Conde,
anduvistes tan Lozano;
que estoy caduco confieso,
que el tiempo en fin puede tanto.
Mas caducando, durmiendo,
feneciendo, delirando,
puedo, puedo enseñar yo
lo que muchos ignoraron.
Que si es verdad que se muere,
qual se vive, agonizando,
para vivir daré exemplo,
y valor para imitarlos.
Si ya me faltan las fuerzas
para con pies y con brazos
hacer de lanzas hastillas,
y desalentar caballos,

de mis hazañas escritas
daré al Príncipe un traslado,
y aprenderá en lo que hice,
sino aprende en lo que hago.
Y verá el mundo y el Rey,
que ninguno en lo criado
merece::- *Rey.* Diego Lainez.
Cond. Yo lo merezco::- *Rey.* Vasallos.
Cond. Tambien como tú y mejor.
Rey. Conde. *Dieg.* Recibes engaño.
Cond. Yo digo::- *Rey.* Soy vuestro Rey.
Dieg. No dices. *Cond.* Dirá la mano
lo que ha callado la lengua.
Dale una bofetada.
Per. Tente.
Dieg. Hay viejo desdichado!
Rey. Ha de mi guarda. *Dieg.* Dexadme.
Rey. Prendedle. *Cond.* Estás enojado.
Espera, excusa alborotos,
Rey poderoso, Rey magno,
y no los habrá en el mundo
de haberlos en tu palacio,
y perdónale esta vez
á esta espada y esta mano
el perderte aquí el respeto,
pues tantas y en tantos años
fué apoyo de tu corona,
caudillo de tus soldados,
defendiendo tus fronteras,
y vengando tus agravios.
Considera, que no es bien
que prendan los Reyes sabios
á los hombres como yo,
que son de los Reyes manos,
alas de su pensamiento,
y corazon de su estado.
Rey. Ola? *Per.* Señor? *Arias.* Señor?
Rey. Conde?
Cond. Perdona. *Rey.* Espera, villano.
Vase el Conde.
Seguidle. *Arias.* Parezca ahora
tu prudencia, gran Fernando.
Dieg. Llamadle, llamad al Conde,
que venga á exercer el cargo
de ayo de vuestro hijo,
que podrá mas bien honrarlo;
pues que yo sin honra quedo,
y él lleva altivo y gallardo
añadido al que tenia
el honor que me ha quitado.
Y yo me iré, si es que puedo,
tropezando en cada paso
con la carga de la afrenta
sobre el peso de los años,
donde mis agravios llore
hasta vengar mis agravios.
Rey. Escucha, Diego Lainez.
Dieg. Mal parece un afrentado
en presencia de su Rey.
Rey. Oid. *Dieg.* Perdonad, Fernando:
ay sangre que honró á Castilla! *Vase.*
Rey. Loco estoy. *Arias.* Va apasionado.
Rey. Tiene razon: qué haré, amigos?
prenderé al Conde Lozano?
Arias. No, señor, que es poderoso,
arrogante, rico y bravo,
y aventuras en tu imperio
tus Reynos y tus vasallos.
Demas de que en casos tales
es negocio averiguado,
que el prender al delinqüente
es publicar el agravio.
Rey. Bien dices: ve, Peranzules,
siguiendo al Conde Lozano,
sigue tú á Diego Lainez:
decid de mi parte á entrambos,
que pues la desgracia ha sido
en mi aposento cerrado,
y está seguro el secreto,
que ninguno á publicarlo
se atreva, haciendo el silencio
perpetuo, y que yo lo mando
so pena de mi desgracia.
Per. Notable razon de estado.
Rey. Y dile á Diego Lainez,
que su honor tomo á mi cargo,
y que vuelva luego á verme;
y di al Conde que le llamo,
y le aseguro; y verémos
si puede haber medio humano
que componga estas desdichas.
Per. Irémos. *Rey.* Volved volando.
Arias. Mi sangre es Diego Lainez.
Per. Del Conde soy primo hermano.
Rey. Rey soy mal obedecido,
castigaré mis vasallos. *Vanse.*
Sa-

Sale Rodrigo con sus hermanos Hernan Diaz y Bermudo Lain, que le salen quitando las armas.
Cid. Hermanos, mucho me honrais.
Ber. A nuestro hermano mayor
servimos. *Cid.* Todo el amor
que me debeis me pagais.
Her. Con todo habemos quedado,
que es bien que lo confesemos,
envidiando los extremos
con que del Rey fuiste honrado.
Cid. Tiempo, tiempo vendrá, hermanos,
en que el Rey, placiendo á Dios,
pueda emplear en los dos
sus dos liberales manos:
y os dé con los mismos modos
el honor que merecí;
que el Rey que me honra á mí,
honra tiene para todos.
Id colgando con respeto
sus armas, que mias son;
á cuyo heroyco blason
otra vez juro y prometo
de no ceñirme su espada,
que colgada aquí estará
de mi mano, y está ya
de mi esperanza colgada,
hasta que llegue á vencer
cinco batallas campales.
Ber. Y quándo, Rodrigo, sales
al campo? *Cid.* A tiempo ha de ser.
Sale Diego Lainez con el báculo partido en dos partes.
Dieg. Ahora cuelgas la espada,
Rodrigo? *Her.* Padre? *Ber.* Señor?
Cid. Qué tienes? *Dieg.* No tengo honor: *ap.*
hijos. *Cid.* Dilo.
Dieg. Nada, nada.
Dexadme solo. *Cid.* Qué ha sido?
de honra son estos enojos,
vertiendo sangre los ojos,
con el báculo partido.
Dieg. Salios fuera. *Cid.* Si me das
licencia, tomar quisiera
otra espada. *Dieg.* Esperad fuera,
salte, salte como estás.
Her. Padre. *Ber.* Padre.
Dieg. Mas se aumenta
mi desdicha. *Cid.* Padre amado.
Dieg. Con una afrenta os he dado *ap.*
á cada uno una afrenta.
Dexadme solo. *Ber.* Cruel
es su pena. *Her.* Yo la siento.
Dieg. Que se caerá este aposento, *ap.*
si hay quatro afrentas en él.
No os vais? *Cid.* Perdona.
Dieg. Qué poca
es mi suerte! *Cid.* Qué sospecho?
pues ya el honor en mi pecho
toca á fuego, al arma toca.
Vanse los tres.
Dieg. Cielos! peno, muero, rabio,
no mas báculo rompido,
pues sustentar no ha podido,
si no al honor al agravio:
Mas no os culpo como sabio,
mal he dicho, perdonad,
que es ligera autoridad
la vuestra, y solo sustenta
no la carga de una afrenta,
sino el peso de una edad.
Antes con mucha razon
os vengo á estar obligado,
pues dos palos me habeis dado,
con que vengue un bofeton:
Mas es liviana opinion,
que mi honor fundarse quiera
sobre cosa tan ligera.
Tomando esta espada quiero
llevar báculo de acero,
y no espada de madera.
Ha de haber unas armas colgadas en el tablado, y algunas espadas.
Si no me engaño, valor
tengo que mi agravio siente;
en ti, en ti, espada valiente,
ha de fundarse mi honor:
De Mudarra el vengador
eres, tu acero afamólo
desde el uno al otro polo;
pues vengáron tus heridas
la muerte de siete vidas,
venga en mí un agravio solo.
Esto es blandir ó temblar:
pulso tengo todavía,
aun hierve mi sangre fria,
que

que tiene fuego el pesar:
Bien me puedo aventurar;
mas (ay Cielo!) engaño es,
que qualquier tajo ó reves
me lleva tras sí la espada,
bien en mi mano apretada,
y mal segura en mis pies.
Ya me parece de plomo,
ya mi fuerza desfallece,
ya caigo, ya me parece
que tiene á la punta el pomo:
Pues qué he de hacer? cómo, cómo?
con qué, con qué confianza
daré paso á mi esperanza?
quando funda el pensamiento
sobre tan flaco cimiento
tan importante venganza.
O caduca edad cansada!
estoy por pasarme el pecho,
ah, tiempo ingrato, qué has hecho?
perdonad, valiente espada:
Y estad desnuda y colgada,
que no he de envaynaros, no;
que pues mi vida acabó
donde mi afrenta comienza,
teniéndoos á la vergüenza
diréis la que tengo yo.
Desvanéceme la pena:
mis hijos quiero llamar;
que aunque es desdicha tomar
venganza con mano agena,
el no tomarla condena
con mas veras al honrado:
en su valor he dudado,
teniéndome suspendido
el suyo por no sabido,
y el mio por acabado.
Qué haré? no es mal pensamiento.
Hernan Diaz? *Sale Hernan Diaz.*
Her. Qué me mandas?
Dieg. Los ojos tengo sin luz;
la vida tengo sin alma.
Her. Qué tienes? *Dieg.* Ay hijo! ay hijo!
dame la mano; estas ansias
con este rigor me aprietan.
Tómale la mano á su hijo, y apriétasela lo mas fuerte que pudiere.
Her. Padre, padre, que me matas;
suelta por Dios, suelta, ay Cielo!
Dieg. Qué tienes? qué te desmaya?
qué lloras, medio muger?
Her. Señor:: *Dieg.* Vete, vete, calla,
yo te dí el ser? no es posible,
salte fuera. *Her.* Cosa extraña. *Vase.*
Dieg. Si así son todos mis hijos,
buena queda mi esperanza.
Bermudo Lain? *Sale Bermudo Lain.*
Ber. Señor?
Dieg. Una congoja, una basca
tengo, hijo, llega, llega,
dame la mano. *Apriétale la mano.*
Ber. Tomarla
puedes. Mi padre, qué haces?
suelta, dexa, quedo, basta,
con las dos manos me aprietas?
Dieg. Ah infame! mis manos flacas
son las garras de un Leon?
y aunque lo fueran, bastaran
á mover tus tiernas quejas?
tú eres hombre? vete, infamia
de mi sangre.
Berm. Voy corrido. *Vase.*
Dieg. Hay tal pena, hay tal desgracia!
en qué columnas estriba
la nobleza de una casa,
que dió sangre á tantos Reyes?
Todo el aliento me falta.
Rodrigo? *Sale Rodrigo.*
Cid. Padre, señor,
es posible que me agravias?
si me engendraste el primero,
cómo el postrero me llamas?
Dieg. Ay hijo! muero. *Cid.* Qué tienes?
Dieg. Pena, pena, rabia, rabia.
Muérdele un dedo de la mano fuertemente.
Cid. Padre, soltad en mal hora,
soltad, padre, en hora mala;
si no fuérades mi padre
diéraos una bofetada.
Dieg. Ya no fuera la primera.
Cid. Cómo? *Dieg.* Hijo del alma,
ese sentimiento adoro,
esa cólera me agrada,
esa braveza bendigo,
esa sangre alborotada,

que

que ya en tus venas revienta,
que ya por tus ojos salta,
es la que me dió Castilla,
y la que te dí heredada
de Lain Calvo y de Nuño,
y la que afrentó en mi cara
el Conde, el Conde de Orgaz,
ese á quien Lozano llaman.
Rodrigo, dame los brazos:
hijo, esfuerza mi esperanza,
y esta mancha de mi honor,
que al tuyo se extiende, lava
con sangre, que sangre sola
quita semejantes manchas.
Si no te llamé el primero
para hacer esta venganza,
fué porque mas te queria,
fué porque mas te adoraba.
Y tus hermanos quisiera
que mis agravios vengaran,
por tener seguro en ti
el mayorazgo en mi casa.
Pero pues los ví al probarlos
tan sin brios, tan sin alma,
que dobláron mis afrentas,
y creciéron mis desgracias:
á ti te toca, Rodrigo,
cobra el respeto á estas canas.
Poderoso es el contrario,
y en palacio y en campaña
su parecer el primero,
y suya la mejor lanza.
Pero pues tienes valor,
y discurso no te falta,
quando á la vergüenza miras,
aquí ofensa y allí espada,
no tengo mas que decirte,
pues ya mi aliento se acaba,
y voy á llorar afrentas,
miéntras tú tomas venganzas. *Vase.*
Cid. Suspenso de afligido
estoy. Fortuna, es cierto lo que veo?
tan en mi daño ha sido
tu mudanza, que es tuya, y no lo creo.
Posible pudo ser, que permitiese
tu inclemencia, que fuese
mi padre el ofendido? (extraña pena!)
y el ofensor el padre de Ximena?
Qué haré, suerte atrevida,
si él es el alma que me dió la vida?
qué haré (terrible calma!)
si ella es la vida que me tiene el alma?
Mezclar quisiera en confianza tuya
mi sangre con la suya:
y he de verter su sangre? (brava pena!)
yo he de matar al padre de Ximena?
Mas ya ofende esta duda
al santo honor que mi opinion sustenta,
razon es que sacuda
de amor el yugo, y la cerviz esenta
acuda á lo que soy, que habiendo sido
mi padre el ofendido,
poco importa que fuese (amarga pena!)
el ofensor el padre de Ximena.
Qué imagino? pues que tengo
mas valor que pocos años,
para vengar á mi padre,
matando al Conde Lozano.
Qué importa el bando temido
del poderoso contrario?
aunque tenga en las montañas
mil amigos Asturianos.

Y

Y qué importa que en la Corte
del Rey de Leon Fernando
sea su voto el primero,
y en guerra el mejor su brazo?
Todo es poco, todo es nada
en descuento de un agravio,
el primero que se ha hecho
á la sangre de Lain Calvo.
Daráme el Cielo ventura,
si la tierra me da campo,
aunque es la primera vez,
que doy el valor al brazo.
Llevaré esta espada vieja
de Mudarra el Castellano,
aunque está bota y mohosa
por la muerte de su amo.
Y si le pierdo el respeto,
quiero que admita en descargo
del ceñírmela ofendido,
lo que la digo turbado.
Haz cuenta, valiente espada,
que otro Mudarra te ciñe,
y que con mi brazo riñe
por su honra maltratada.
Bien sé que te correrás
de venir á mi poder,
mas no te podrás correr
de verme echar paso atras.
Tan fuerte como tu acero
me verás en campo armado:
segundo dueño has cobrado
tan bueno como el primero.
Pues quando alguno me venza,
corrido del torpe hecho,
hasta la cruz en mi pecho
te esconderé de vergüenza. *Vase.*

Sale á la ventana Doña Urraca y Ximena Gomez.

Urr. Qué general alegría
tiene toda la Ciudad
con Rodrigo! *Xim.* Así es verdad,
y hasta el Sol alegra el dia.
Urr. Será un bravo Caballero,
galan, bizarro y valiente.
Xim. Luce en él gallardamente
entre lo hermoso lo fiero.
Urr. Con qué brio, qué pujanza,
gala, esfuerzo y maravilla,
afirmándose en la silla,
rompió en el ayre una lanza!
Y al saludar no le viste,
qué á tiempo picó el caballo?
Xim. Si llevó para picallo
la espuela que tú le diste,
qué mucho?
Urr. Ximena, tente,
porque ya el alma rezela,
que no ha picado la espuela
al caballo solamente.

Salen el Conde Lozano, y Peranzules, y algunos Criados.

Cond. Confieso, que fué locura,
mas no la quiero enmendar.
Per. Querrálo el Rey remediar
con su prudencia y cordura.
Cond. Qué ha de hacer?
Per. Escucha ahora,
ten flema, procede á espacio.
Xim. A la puerta de palacio
llega mi padre; y, señora,
algo viene alborotado.
Urr. Mucha gente le acompaña.
Per. Es tu condicion extraña.
Cond. Tengo condicion de honrado.
Per. Y con ella has de querer
perderte? *Cond.* Perderme no,
que los hombres como yo
tienen mucho que perder;
y ha de perderse Castilla
ántes que yo. *Per.* Y no es razon
el dar tú? *Cond.* Satisfaccion
ni darla ni recibirla.
Per. Por qué no? no digas tal,
qué duelo en su ley lo escribe?
Cond. El que la da y la recibe
es muy cierto quedar mal.
Porque el uno pierde honor,
y el otro no cobra nada;
el remitir á la espada
los agravios es mejor.
Per. Y no hay otros medios buenos?
Cond. No dicen con mi opinion;
al darle satisfaccion
no he de decir por lo ménos,
que sin mí y conmigo estaba
al hacer tal desatino;

ó porque sobraba el vino,
ó porque el seso faltaba.
Per. Es así. *Cond.* Y no es desvarío
el no advertir, que en rigor
pondré un remiendo en su honor
quitando un giron del mio.
Y en habiendo sucedido,
habremos los dos quedado,
él con honor remendado,
y yo con honor perdido.
Y será mas en su daño
remiendo de otro color,
que el remiendo en el honor
ha de ser del mismo paño.
No ha de quedar satisfecho
de esa suerte, cosa es clara;
si sangre llamé á su cara,
saque sangre de mi pecho.
Que manos tendré y espada
para defenderme de él.
Per. Esa opinion es cruel.
Cond. Esta opinion es honrada:
procure siempre acertarla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
defenderla, y no enmendarla.
Per. Advierte bien lo que haces,
que sus hijos:- *Cond.* Calla, amigo;
y han de competir conmigo
un caduco y tres rapaces? *Vanse.*
Xim. Parece que está enojado
mi padre (ay Dios!) ya se van.
Urr. No te aflixas, tratarán
allá en su razon de estado.
Rodrigo viene. *Xim.* Y tambien
trae demudado el semblante.

Sale Rodrigo.

Cid. Qualquier agravio es gigante
en el honrado: ay mi bien!
Urr. Rodrigo, qué caballero
pareces! *Cid.* Ay prenda amada!
Urr. Qué bien te asienta la espada
sobre seda y sobre acero!
Cid. Tal merced:- *Xim.* Alguna pena
señala: qué puede ser?
Urr. Rodrigo. *Cid.* Que he de verter
sangre del alma? Ay Ximena! *ap.*
Xim. O fuéron vanos antojos,
ó pienso que te has turbado.
Cid. Sí, que las dos habeis dado
dos causas á mis dos ojos.
Pues lo fuéron de este efeto
el darme con tal ventura
Ximena amor y hermosura,
y tú hermosura y respeto.
Xim. Muy bien ha dicho, y mejor
dixera, si no igualara
la hermosura. *Urr.* Yo trocara *ap.*
con el respeto el amor.
Mas bien hubiera acertado,
si mi respeto no fuera;
pues solo tu amor pusiera
tu hermosura en su cuidado.
Y no te causara enojo
el ver igualarme á ti
en ella. *Xim.* Solo sentí
el agravio de tus ojos;
porque yo mas estimara
el ver estimar mi amor,
que mi hermosura. *Cid.* O rigor
de fortuna! ó suerte avara! *ap.*
Con glorias creces mi pena.
Urr. Rodrigo. *Xim.* Qué puede ser?
Cid. Señora, que he de verter *ap.*
sangre del alma? ay Ximena!
Ya sale el Conde Lozano,
cómo (terribles enojos!)
teniendo el alma en los ojos,
pondré en la espada la mano?

Salen el Conde Lozano, Peranzules y los Criados.

Per. De lo hecho te contenta,
y ten por cárcel tu casa.
Cid. El amor allí me abrasa, *ap.*
y aquí me yela la afrenta.
Cond. Es mi cárcel mi alvedrío,
si es mi casa. *Xim.* Qué tendrá?
ya está hecho brasa, y ya está
como temblando de frio.
Urr. Hácia el Conde está mirando
Rodrigo, el color perdido:
qué puede ser? *Cid.* Si el que he sido
soy siempre, qué estoy dudando?
Xim. Qué mira? á qué me condena?
Cid. Mal me puedo resolver.
Xim. Ay triste! *Cid.* Que he de verter *ap.*

sangre del alma? ay Ximena!
Qué espero? (ó amor gigante!)
en qué dudo? honor, qué es esto?
en dos balanzas he puesto
ser honrado y ser amante.
Salen Diego Lainez y Arias Gonzalo.
Mas mi padre es este, rabio
ya por hacer su venganza;
que cayó la una balanza
con el peso del agravio.
Cobardes mis brios son,
pues para que me animara
hube de ver en su cara
señalado el bofeton.
Dieg. Notables son mis enojos:
debe dudar y temer;
qué mira, si echa de ver
que le animo con los ojos?
Arias. Diego Lainez, qué es esto?
Dieg. Mal te lo puedo decir.
Per. Por acá podrémos ir,
que está ocupado aquel puesto.
Cond. Nunca supe andar torciendo
ni opiniones ni caminos.
Cid. Perdonad, ojos divinos,
si voy á matar muriendo.
Conde? *Cond.* Quién es?
Cid. A esta parte
quiero decirte quien soy.
Xim. Qué es aquello? muerta estoy!
Cond. Qué me quieres?
Cid. Quiero hablarte.
Aquel viejo que está allí,
sabes quién es? *Cond.* Ya lo sé.
Por qué lo dices? *Cid.* Por qué?
Habla baxo, escucha. *Cond.* Dí.
Cid. No sabes que fué despojos
de honra y valor? *Cond.* Sí seria.
Cid. Y que es sangre suya y mia
la que yo tengo en los ojos
sabes? *Cond.* Y el saberlo (acorta
razones) qué ha de importar?
Cid. Si vamos á otro lugar
sabrás lo mucho que importa.
Cond. Quita, rapaz, puede ser?
vete, novel caballero,
vete, y aprende primero
á pelear y á vencer:
y podrás despues honrarte
de verte por mí vencido,
sin que yo quede corrido
de vencerte y de matarte.
Dexa ahora tus agravios,
porque nunca acierta bien
venganzas con sangre, quien
tiene la leche en los labios.
Cid. En ti quiero comenzar
á pelear y aprender,
y verás si sé vencer,
veré si sabes matar.
Y mi espada mal regida
te dirá en mi brazo diestro,
que el corazon es maestro
de esta ciencia no aprendida.
Y quedaré satisfecho,
mezclando entre mis agravios
esta leche de mis labios,
y esa sangre de tu pecho.
Per. Conde::- *Arias.* Rodrigo::-
Xim. Ay de mí!
Dieg. El corazon se me abrasa.
Cid. Qualquier sombra de esta casa
es sagrado para ti.
Xim. Contra mi padre, señor?
Cid. Y así no te mato ahora.
Xim. Oye. *Cid.* Perdonad, señora,
que soy hijo de mi honor.
Sígueme, Conde. *Cond.* Rapaz
con soberbia de gigante,
mataréte si delante
te me pones; vete en paz.
Vete, vete, si no quieres
que como en cierta ocasion
di á tu padre un bofeton,
te dé á ti mil puntapies.
Cid. Ya es tu insolencia sobrada.
Xim. Con quánta razon me aflixo!
Dieg. Las muchas palabras, hijo,
quitan la fuerza á la espada.
Xim. Deten la mano violenta,
Rodrigo. *Urr.* Trance feroz!
Dieg. Hijo, hijo, con mi voz
te envio ardiendo mi afrenta.
Entranse acuchillando el Conde y Rodrigo, y todos tras ellos, y dicen dentro lo siguiente.
Cond.

Cond. Muerto soy.
Xim. Suerte inhumana!
ay padre! *Per.* Matadle, muera.
Urr. Qué haces, Ximena?
Xim. Quisiera
echarme por la ventana.
Pero volaré corriendo,
ya que no baxo volando.
Padre. *Dieg.* Hijo.
Urr. Ay Dios!
Sale Rodrigo acuchillándose con todos.
Cid. Matando
he de morir. *Urr.* Qué estoy viendo?
1. Muera, que al Conde mató.
2. Prendedlo. *Urr.* Esperad, qué haceis?
ni le prendais ni mateis,
mirad que lo mando yo,
que estimo mucho á Rodrigo,
y le ha obligado su honor.
Cid. Bella Infanta, tal favor
con toda el alma bendigo.
Mas es la causa extremada
para tan pequeño efeto
interponer tu respeto,
donde sobrara mi espada.
No matarlos ni vencerlos
pudieras mandarme á mí,
pues por respetarte á ti
los dexo con vida á ellos.
Quando me quieras honrar
con tu ruego y con tu voz,
deten el viento veloz
para el indómito mar.
Y para parar el sol
te le opon con tu hermosura,
que para estos fuerza pura
sobra en mi brazo Español;
y no irán tantos viniendo,
como pararé matando.
Urr. Todo se va alborotando,
Rodrigo, á Dios te encomiendo.
Y el sol, el viento y el mar
pienso, si te han de valer,
con mis ruegos detener,
y con mis fuerzas parar.
Cid. Beso mil veces tu mano:
seguidme. 2. Vete al abismo.
3. Sígate el demonio mismo.
Urr. O valiente Castellano!

JORNADA SEGUNDA.

Sale el Rey Don Fernando, y algunos Criados con él.
Rey. Qué ruido, grita y lloro,
que hasta las nubes abrasa,
rompe el silencio en mi casa,
y en mi respeto el decoro?
Arias Gonzalo, qué es esto?
Sale Arias Gonzalo.
Arias. Una grande adversidad,
perderáse esta Ciudad,
si no lo remedias presto.
Sale Peranzules.
Rey. Pues qué ha sido?
Per. Un enemigo.
Rey. Peranzules? *Per.* Un rapaz
ha muerto al Conde de Orgaz.
Rey. Válame Dios! es Rodrigo?
Per. El es, y en tu confianza
pudo alentar su osadía.
Rey. Como la ofensa sabía,
luego caí en la venganza.
Un gran castigo he de hacer.
Prendiéronle? *Per.* No, señor.
Arias. Tiene Rodrigo valor,
y no se dexó prender.
Fuése, y la espada en la mano,
llevando á compas los pies,
pareció un Roldan Frances,
pareció un Hector Troyano.
Salen por una puerta Ximena Gomez, y por otra Diego Lainez, ella con un pañuelo lleno de sangre, y él teñido en sangre el carrillo.
Xim. Justicia, justicia pido.
Dieg. Justa venganza he tomado.
Xim. Rey, á tus pies he llegado.
Dieg. Rey, á tus pies he venido.
Rey. Con quánta razon me aflixo!
qué notable desconcierto!
Xim. Señor, á mi padre han muerto.
Dieg. Señor, matóle mi hijo:
fué obligacion sin malicia.
Xim. Fué malicia y confianza.

Dieg.

Dieg. Hay en los hombres venganza.
Xim. Y habrá en los Reyes justicia.
Esta sangre limpia y clara
en mis ojos considera.
Dieg. Si esa sangre no saliera,
cómo mi sangre quedara?
Xim. Señor, mi padre he perdido.
Dieg. Señor, mi honor he cobrado.
Xim. Fué el vasallo mas honrado.
Dieg. Sabe el Cielo quien lo ha sido.
Pero no os quiero afligir:
sois muger, decid, señora.
Xim. Esta sangre dirá ahora
lo que no acierto á decir.
Y de mi justa querella
justicia así pediré,
porque yo solo sabré
mezclar lágrimas con ella.
Yo ví con mis propios ojos
teñido el luciente acero,
mira si con causa muero
entre tan justos enojos.
Yo llegué casi sin vida
y sin alma (triste yo!)
á mi padre, que me habló
por la boca de la herida.
Atajóle la razon
la muerte, que fué cruel,
y escribió en este papel
con sangre mi obligacion.
A tus ojos poner quiero
letras que en mi alma están,
y en los mios como iman
sacan lágrimas de acero.
Y aunque el pecho se desangre
en su misma fortaleza,
costar tiene una cabeza
cada gota de esta sangre.
Rey. Levantad. *Dieg.* Yo ví, señor,
que en aquel pecho enemigo
la espada de mi Rodrigo
entraba á buscar mi honor.
Llegué, y halléle sin vida,
y puse con alma esenta
el corazon en mi afrenta,
y los dedos en su herida.
Lavé con sangre el lugar
adonde la mancha estaba;
porque el honor que se lava,
con sangre se ha de lavar.
Tú, señor, que la ocasion
viste de mi agravio, advierte
en mi cara de la suerte,
que se venga un bofeton.
Que no quedara contenta
ni lograda mi esperanza,
si no vieras la venganza
adonde viste la afrenta.
Ahora, si en la malicia,
que á tu respeto obligó,
la venganza me tocó,
y te toca la justicia:
hazla en mí, Rey soberano,
pues es propio de tu Alteza
castigar en la cabeza
los delitos de la mano.
Y solo fué mano mia
Rodrigo, yo fuí el cruel,
que quise buscar en él
las manos que no tenia.
Con mi cabeza cortada
quede Ximena contenta,
que mi sangre sin mi afrenta
saldrá limpia, y saldrá honrada.
Rey. Levanta y sosiégate,
Ximena. *Xim.* Mi llanto crece.

Salen Doña Urraca y el Príncipe Don Sancho y acompañamiento.

Urr. Llega, hermano, y favorece
á tu ayo. *Sanch.* Así lo haré.
Rey. Consolad, Infanta, vos
á Ximena, y vos id preso.
Sanch. Si mi padre gusta de eso,
presos irémos los dos.
Señale la fortaleza,
mas tendrá su Magestad
á estas canas mas piedad.
Dieg. Deme los pies vuestra Alteza.
Rey. A castigarle me aplico.
Fué gran delito. *Sanch.* Señor,
fué la obligacion de honor,
y soy yo el que lo suplico.
Rey. Casi á mis ojos matar
al Conde, tocó en traicion.
Urr. El Conde le dió ocasion.
Xim. El la pudiera excusar.

Sanch.

Sanch. Pues por ayo me le has dado,
hazle á todos preferido,
pues que para haberlo sido
le importaba el ser honrado.
Mi ayo bueno estaria
preso miéntras vivo estoy.
Per. De tus hermanos lo soy,
y fué el Conde sangre mia.
Sanch. Qué importa? *Rey.* Baste.
Sanch. Señor,
en los Reyes soberanos
siempre menores hermanos
son criados del mayor.
Con el Príncipe heredero
los otros se han de igualar?
Per. Preso le manda llevar.
Sanch. No hará el Rey, si yo no quiero.
Rey. Don Sancho::-
Xim. El alma desmaya!
Arias. Su braveza maravilla.
Sanch. Ha de perderse Castilla
primero que preso vaya.
Rey. Pues vos le habeis de prender.
Dieg. Qué mas bien puedo esperar?
Sanch. Si á mi cargo ha de quedar,
yo su Alcayde quiero ser.
Siga entre tanto Ximena
su justicia. *Xim.* Harto mejor
perseguiré el matador.
Sanch. Conmigo va.
Rey. En hora buena.
Xim. Ay Rodrigo! pues me obligas,
si te persigo verás. *ap.*
Urr. Yo pienso valerle mas,
quanto tú mas le persigas. *ap.*
Arias. Sucesos han sido extraños.
Sanch. Pues yo tu Príncipe soy,
ve confiado. *Dieg.* Sí voy,
guárdete el Cielo mil años.

Sale un Page, y habla á la Infanta.

Page. A su casa de placer
quiere la Reyna partir:
manda llamarte. *Urr.* Habré de ir,
con causa debe de ser.
Rey. Tú, Ximena, ten por cierto
tu consuelo en mi rigor.
Xim. Haz justicia. *Rey.* Ten valor.
Xim. Ay Rodrigo, que me has muerto!

Vanse, y salen Rodrigo y Elvira, criada de Ximena.

Elv. Qué has hecho, Rodrigo?
Cid. Elvira,
una infelice jornada:
á nuestra amistad pasada,
y á mis desventuras mira.
Elv. No mataste al Conde?
Cid. Es cierto,
importábale á mi honor.
Elv. Pues, señor,
quándo fué casa del muerto
sagrado del matador?
Cid. Nunca al que quiso la vida:
pero yo busco la muerte
en su casa. *Elv.* De qué suerte?
Cid. Está Ximena ofendida.
De sus ojos soberanos
siento en el alma el disgusto,
y por ser justo
vengo á morir en sus manos,
pues estoy muerto en su gusto.
Elv. Qué dices? vete, y reporta
tal intento, porque está
cerca palacio, y vendrá
acompañada.
Cid. Qué importa?
En público quiero hablarla,
y ofrecerle la cabeza.
Elv. Qué extrañeza!
eso fuera (vete, calla)
locura, y no gentileza.
Cid. Pues qué haré?
Elv. Qué siento? (ay Dios!)
Ella vendrá, qué rezelo?
Ya viene (válgame el Cielo!)
perdidos somos los dos.
A la puerta del retrete
te cubre de su cortina.
Cid. Eres divina. *Escóndese el Cid.*
Elv. Peregrino fin promete
ocasion tan peregrina.

Salen Ximena Gomez, Peranzules y acompañamiento.

Xim. Tio, dexadme morir.
Per. Muerto voy (ah pobre Conde!)
Xim. Y dexadme sola adonde
ni aun quejas puedan salir.

Van-

Vanse Peranzules , y los demas que salieron acompañando á Ximena.

Elvira , solo contigo
quiero descansar un poco;
mi mal toco *Siéntase en la almohada.*
con toda el alma : Rodrigo
mató á mi padre. *Cid.* Estoy loco.
Xim. Qué sentiré , si es verdad !
Elv. Dí , descansa. *Xim.* Ay afligida !
que la mitad de mi vida
ha muerto la otra mitad.
Elv. No es posible consolarte.
Xim. Qué consuelo he de tomar,
si al vengar
de mi vida la una parte,
sin las dos he de quedar?
Elv. Siempre quieres á Rodrigo:
que mató á tu padre mira.
Xim. Sí , y aun preso (ay Elvira!)
es mi adorado enemigo.
Elv. Piensas perseguirle ? *Xim.* Sí,
que es de mi padre el decoro,
y así lloro
el buscar lo que perdí,
persiguiendo lo que adoro.
Elv. Pues cómo harás , no lo entiendo,
estimando el matador
y el muerto ? *Xim.* Tengo valor,
y habré de matar muriendo.
Seguiréle hasta vengarme.

Sale Rodrigo , y arrodíllase delante de Ximena.

Cid. Mejor es que mi amor firme
con rendirme
te dé el gusto de matarme,
sin la pena del seguirme.
Xim. Qué has emprendido, qué has hecho?
eres sombra , eres vision?
Cid. Pasa el mismo corazon,
que pienso que está en tu pecho.
Xim. Jesus ! Rodrigo , Rodrigo
en mi casa ? *Cid.* Escucha.
Xim. Muero.
Cid. Solo quiero,
que en oyendo lo que digo,
respondas con este acero.

Dale su daga.

Tu padre el Conde Lozano,
en el nombre y en el brio,
puso en las canas del mio
la atrevida injusta mano.
Y aunque me ví sin honor,
se malogró mi esperanza
en tal mudanza,
con tal fuerza , que tu amor
puso en duda mi venganza.
Mas en tan gran desventura
lucháron á mi despecho
contrapuestos en mi pecho
mi afrenta con tu hermosura.
Y tú , señora , vencieras,
á no haber imaginado,
que afrentado,
por infame aborrecieras
quien quisiste por honrado.
Con este buen pensamiento
tan hijo de tus hazañas,
de tu padre en las entrañas
entró mi estoque sangriento.
Cobré mi perdido honor;
mas luego á tu amor rendido
he venido,
porque no llames rigor
lo que obligacion ha sido.
Donde disculpada veas
con mi pena mi mudanza,
y donde tomes venganza,
si es que venganza deseas.
Toma, y porque á entrambos quadre
un valor y un alvedrio,
haz con brio
la venganza de tu padre,
como hice la del mio.
Xim. Rodrigo , Rodrigo (ay triste !)
yo confieso , aunque la sienta,
que en dar venganza á tu afrenta
como caballero hiciste.
No te doy la culpa á tí
de que desdichada soy,
y tal soy,
que habré de emplear en mí
la muerte que no te doy.
Solo te culpo agraviada,
el ver que á mis ojos vienes
á tiempo que aun fresca tienes
mi sangre en mano y espada.
Pe-

Pero no á mi amor rendido,
sino á ofenderme has llegado,
confiado
de no ser aborrecido,
por lo que fuiste adorado.
Mas vete , vete , Rodrigo,
disculpará mi decoro
con quien piensa que te adoro
el saber que te persigo.
Justo fuera sin oirte,
que la muerte hiciera darte;
mas soy parte
para solo perseguirte,
pero no para matarte.
Vete , y mira á la salida
no te vean , si es razon
no quitarme la opinion,
quien me ha quitado la vida.
Cid. Logra mi justa esperanza,
mátame. *Xim.* Déxame.
Cid. Espera,
considera,
que el dexarme es la venganza,
que el matarme no lo fuera.
Xim. Y aun por eso quiero hacella.
Cid. Loco estoy : estás terrible:
me aborreces ?
Xim. No es posible,
que predominas mi estrella.
Cid. Pues tu rigor qué hacer quiere?
Xim. Por mi honor , aunque muger,
he de hacer
contra tí quanto pudiere,
deseando no poder.
Cid. Ay Ximena ! quién dixera::-
Xim. Ay Rodrigo ! quién pensara::-
Cid. Que mi dicha se acabara ?
Xim. Y que mi bien feneciera?
Mas (ay Dios!) que estoy temblando
de que han de verte saliendo.
Cid. Qué estoy viendo !
Xim. Vete , y déxame penando.
Cid. Quédate , iréme muriendo.

Vanse los tres.

Sale Diego Lainez solo.

Diego. No la ovejuela su pastor perdido,
ni el leon que sus hijos le han quitado,
baló quejosa , ni bramó ofendido,
como yo por Rodrigo (ay hijo amado !)
voy abrazando sombras descompuesto
entre la obscura noche que ha cerrado.
Díle la seña , y señaléle el puesto
donde acudiese , en sucediendo el caso.
Si me habrá sido inobediente en esto?
Pero no puede ser (mil penas paso!)
Algun inconveniente le habrá hecho,
mudando la opinion , torcer el paso.
Qué helada sangre me revienta el pecho!
Si es muerto , herido ó preso? Ay Cielo santo!
y quántas cosas de pesar sospecho!
Qué siento? es él? mas no merezco tanto.
Será que corresponden á mis males
los ecos de mi voz y de mi llanto.
Pero entre aquellos secos pedregales
vuelvo á oir el galope de un caballo,
de él se apea Rodrigo , hay dichas tales?

Sale Rodrigo.

Hijo? *Cid.* Padre?
Dieg. Es posible que me hallo
entre tus brazos? Hijo , aliento tomo
pa-

para en tus alabanzas empleallo.
Cómo tardaste tanto? pues de plomo
te puso mi deseo; y pues veniste,
no he de cansarte preguntando el como.
Bravamente probaste, bien lo hiciste,
bien mis pasados brios imitaste,
bien me pagaste el ser que me debiste.
Toca las blancas canas que me honraste,
llega la tierna boca á la mexilla
donde la mancha de mi honor quitaste.
Soberbia el alma á tu valor se humilla,
como conservador de la nobleza,
que ha honrado tantos Reyes en Castilla.
Cid. Dame la mano, y alza la cabeza,
á quien como la causa se atribuya,
si hay en mí algun valor y fortaleza.
Dieg. Con mas razon besara yo la tuya,
pues si yo te dí el ser naturalmente,
tú me le has vuelto á pura fuerza suya.
Mas será no acabar eternamente,
si no doy á esta plática desvíos:
hijo, ya tengo prevenida gente.
Con quinientos hidalgos, deudos mios,
(que cada qual tu gusto solicita)
sal en campaña á exercitar tus brios.
Ve, pues la causa y la razon te incita,
donde están esperando en sus caballos,
que el ménos bueno á los del Sol imita.
Buena ocasion tendrás para empleallos,
pues Moros fronterizos arrogantes
al Rey le quitan tierras y vasallos.
Que ayer con melancólicos semblantes
el Consejo de Guerra y el de Estado
lo supo por espías vigilantes.
Las fértiles campañas han talado
de Búrgos, y pasando montes de Oca,
de Náxera, Logroño y Bilforado,
con suerte mucha, y con vergüenza poca
se llevan tanta gente aprisionada,
que ofende al gusto, y el valor provoca.
Sal-les al paso, emprende esta jornada,
y dando brio al corazon valiente,
pruebe la lanza quien probó la espada.
Y el Rey, sus Grandes, la plebeya gente,
no dirán que la mano te ha servido
para vengar agravios solamente.
Sirve en la guerra al Rey, que siempre ha sido
digna satisfaccion de un caballero

servir al Rey, á quien dexó ofendido.
Cid. Dame la bendicion. *Dieg.* Hacerlo quiero.
Cid. Para esperar de mi obediencia palma,
tu mano beso, y á tus pies la espero.
Dieg. Tómala con la mano y con el alma. *Vanse.*

Sale la Infanta Doña Urraca asomada á una ventana.

Urr. Qué bien el campo y el monte
le parece á quien lo mira,
hurtando el gusto al cuidado,
y dando el alma á la vista!
en los llanos y en las cumbres,
que á concierto se divisan
aquí los pimpollos verdes,
y allí las pardas encinas.
Si acullá brama el leon,
aquí la mansa avecilla
parece, que su braveza
con sus cantares mitiga.
Despeñándose el arroyo,
señala, que como estiman
sus aguas la tierra blanda,
huyen de las peñas vivas.
Bien merecen estas cosas
tan bellas y tan distintas,
que se imite á quien las goza,
y se alabe á quien las cria.
Bienaventurado aquel
que por sendas escondidas
en los campos se entretiene,
y en los montes se retira.
Con tan buen gusto la Reyna
mi madre, no es maravilla,
si en esta casa de campo
todos sus males alivia,
salió de la Corte huyendo
de entre la confusa grita,
donde unos toman venganza,
quando otros piden justicia.
Qué se habrá hecho Rodrigo?
que con mi presta venida
no he podido saber de él,
si está en salvo, ó si peligra.
No sé qué tengo, que el alma
con cierta melancolía
me desvela en su cuidado:
mas ay! estoy divertida.
Una tropa de caballos
dan polvo al viento que imitan,
todos á punto de guerra.
Jesus, y qué hermosa vista!
Saber la ocasion deseo,
la curiosidad me incita.
Ah caballeros, ah hidalgos.
Ya se paran, y ya miran.
Ah Capitan, el que lleva
banda y plumas amarillas.
Ya de los otros se aparta,
la lanza á un árbol arrima.
Ya se apea del caballo;
ya de su lealtad confia;
ya el cimiento de esta torre,
que es todo de peña viva,
trepa con ligeros pies;
ya los miradores mira;
aun no me ha visto. Qué veo?
ya le conozco: hay tal dicha?

Sale Rodrigo.

Cid. La voz de la Infanta era;
ya casi las tres esquinas
de la torre he rodeado.
Urr. Ah Rodrigo? *Cid.* Otra vez grita.
Por respetar á la Reyna
no respondo, y ella misma
me hizo dexar el caballo;
mas, Jesus, señora mia?
Urr. Dios te guarde, dónde vas?
Cid. Donde mis hados me guian
dichosos, pues me guiáron
á merecer esta dicha.
Urr. Esta es dicha? no, Rodrigo,
la que pierdes lo seria;
bien me lo dice por señas
la sobrevista amarilla.
Cid. Quien con esperanzas vive,
desesperado camina.
Urr. Luego no las has perdido.
Cid. A tu servicio me animan.
Urr. Saliste de la ocasion
sin peligro y sin heridas?
Cid. Siendo tú mi defensora,

advierte cómo saldria.
Urr. Dónde vas? *Cid.* A vencer Moros,
y así la gracia perdida
cobrar de tu padre el Rey.
Urr. Qué notable gallardía! *ap.*
Quién te acompaña? *Cid.* Esta gente
me ofrece quinientas vidas,
en cuyos hidalgos pechos
hierbe tambien sangre mia.
Urr. Galan vienes, bravo vas,
mucho vales, mucho obligas;
bien me parece, Rodrigo,
tu gala y tu valentia.
Cid. Estimo con toda el alma
merced que fuera divina;
mas mi humildad en tu alteza,
mis esperanzas marchita.
Urr. No es imposible, Rodrigo,
el igualarse las dichas
en desiguales estados,
si es la nobleza una misma.
Dios te vuelva vencedor,
que despues:;- *Cid.* Mil años vivas.
Urr. Qué he dicho?
Cid. Tu bendicion
mis victorias facilita.
Urr. Mi bendicion: ay Rodrigo!
si las bendiciones mias
te alcanzan, serás dichoso.
Cid. Con no mas de recibirlas
lo seré, divina Infanta.
Urr. Mi voluntad es divina.
Dios te guie, Dios te guarde,
como te esfuerza y te anima,
y en número tus victorias
con las estrellas compitan.
Por la redondez del mundo,
despues de ser infinitas,
con las plumas de la fama
el mismo sol las escriba.
Y ve ahora confiado,
que te valdré con la vida:
fia de mí estas promesas
quien plumas al viento fia.
Cid. La tierra que vés adoro,
pues no puedo la que pisas,
y la eternidad del tiempo
alargue á siglos tus dias.
Oiga el mundo tu alabanza
en las bocas de la envidia,
y mas que merecimientos
te dé la fortuna dichas.
Y yo me parto en tu nombre,
por quien venzo mis desdichas,
á vencer tantas batallas
como tú me pronosticas.
Urr. De este cuidado te acuerda.
Cid. Lo divino no se olvida.
Urr. Dios te guie. *Cid.* Dios te guarde.
Urr. Ve animoso. *Cid.* Tú me animas:
toda la tierra te alabe.
Urr. Todo el Cielo te bendiga. *Vanse.*
Gritan de adentro los Moros, y sale huyendo un Pastor.
Moro. Li, li, li, li. *Pastor.* Jesus mio,
qué de miedo me acompaña!
Moros cubren la campaña;
mas de sus fieros me rio,
de su lanza y de su espada,
como suba y me remonte
en la cumbre de aquel monte
todo de peña tajada.
Sale un Rey Moro, y quatro Moros con él, y el Pastor éntrase huyendo.
Rey. Atad bien esos Christianos,
con mas concierto que priesa
id marchando. 1. Brava presa!
Rey. Es hazaña de mis manos.
Con asombro y maravilla,
pues en su valor me fundo,
sepa mi poder el mundo,
pierda su opinion Castilla.
Para qué te llaman Magno,
Rey Fernando, en paz y en guerra?
pues yo destruyo tu tierra
sin oponerte á mi mano.
Al que grande te llamó,
vive el Cielo, que le coma,
porque despues de Mahoma
ninguno mayor que yo.
Sale el Pastor sobre la peña.
Pastor. Si soy mayor el que es mas alto,
yo lo soy entre estos cerros:
qué apostarémos, (ah perros!)
que no me alcanzais de un salto?
2. Qué te alcanza una saeta?
Past.

Past. Si no me escondo, si hará;
Morillos, volvé, esperá,
que el Christiano os acometa.
3. Oye, señor, por Mahoma,
que Christianos:;- *Rey.* Qué os espanta?
4. Allí polvo se levanta.
1. Y allí un estandarte asoma.
2. Caballos deben de ser.
Rey. Logren pues mis esperanzas.
3. Ya se parecen las lanzas.
Rey. Ea, morir, ó vencer.
Toque dentro una trompeta.
2. Ya la bastarda trompeta
toca al arma.
Dicen dentro á voces. Santiago.
Rey. Mahoma! haced lo que hago.
Otra vez dentro. Cierra España.
Rey. O gran Profeta!
Vanse, y suena la trompeta y caxas de guerra, y ruido de golpes dentro.
Past. Bueno, mire lo que va
de Santiago á Mahoma?
qué bravo herir! puto, toma
para peras: bueno va.
Boto á San, braveza es
lo que hacen los Christianos;
ellos matan con las manos,
sus caballos con los pies.
Qué lanzadas! pardiez, toros
ménos bravos que ellos son;
así calo yo un melon,
como despachurran Moros.
El que como cresta el gallo
trae un penacho amarillo,
ó lo que hace! por decillo
al cura quiero mirallo.
Pardios, no tantas hormigas
mato yo en una patada,
ni siego en una manada
tantos manojos de espigas,
como él derriba cabezas.
O hi de puta! es de modo,
que va salpicado todo
de sangre Mora: bravezas
hace, voto al soto: ya
huyen los Moros. Ah galgos,
ea, Christianos hidalgos,
seguildos, matá, matá.
Entre las peñas se meten
donde no sirven caballos;
ya se apean, alcanzallos
quieren: de nuevo acometen.
Salen Rodrigo y el Rey Moro cada uno con los suyos acuchillándose.
Cid. Tambien pelean á pie
los Castellanos, Morillos;
á matallos, á seguillos.
Rey. Tente, espera. *Cid.* Ríndete.
Rey. Un Rey á tu valentia
se ha rendido, y á tus leyes.
Ríndesele el Rey.
Cid. Toca al arma: quatro Reyes
he de vencer en un dia.
Vanse todos, llevándose presos á los Moros.
Past. Pardios, que he habido placer
mirándolos desde afuera:
las cosas de esta manera
de tan alto se han de ver.
Entrase el Pastor, y salen el Príncipe Don Sancho, y un Maestro de armas con espadas negras, y tirándole el Príncipe, y tras él reportándole Diego Lainez.
Maest. Príncipe, señor, señor:;-
Dieg. Repórtese vuestra Alteza,
que sin causa la braveza
desacredita el valor.
Sanch. Sin causa?
Dieg. Vete que enfadas
al Príncipe: *Entrase el Maestro.*
quál ha sido?
Sanch. Al batallar, el ruido
que hiciéron las dos espadas,
y á mí el rostro señalado.
Dieg. Hate dado? *Sanch.* No, el pensar
que á querer me pudo dar,
me ha corrido, y me ha enojado.
Y á no escaparse el Maestro,
yo le enseñara á saber;
no quiero mas aprender.
Dieg. Bastantemente eres diestro.
Sanch. Quando tan diestro no fuera,
tampoco importara nada.
Dieg. Cómo?
Sanch. Espada contra espada

 nun-

nunca por eso temiera.
Otro miedo el pensamiento
me aflige y me atemoriza;
con un arma arrojadiza
señala en mi nacimiento
que han de matarme, y será
cosa muy propinqua mia
la causa. *Dieg.* Y melancolía
te da eso? *Sanch.* Sí me da.
Y haciendo discursos vanos,
pues mi padre no ha de ser,
vengo á pensar y á temer,
que lo serán mis hermanos.
Y así los quiero tan poco,
que me ofenden. *Dieg.* Cielo santo!
á no respetarte tanto,
te dixera::- *Sanch.* Que soy loco?
Dieg. Que lo fué quien á esta edad
te ha puesto en tal confusion.
Sanch. No tiene demostracion
esta ciencia? *Dieg.* Así es verdad.
Mas ninguno la aprendió
con certeza. *Sanch.* Luego dí,
locura es creerla. *Dieg.* Sí.
Sanch. Serálo el temerla? *Dieg.* No.
Sanch. Es mi hermana? *Dieg.* Sí señor.
Sale Doña Urraca y un Page, que le saca un venablo ensangrentado.
Urr. En esta suerte ha de ver
mi hermano, que aunque muger,
tengo en el brazo valor.
Hoy, hermano::- *Sanch.* Cómo así?
Urr. Entre unas peñas::- *Sanch.* Qué fué?
Urr. Este venablo tiré,
con que maté un javalí,
viniendo por el camino
cazando mi padre y yo.
Sanch. Sangriento está; y le arrojó
tu mano? (ay Cielo divino!)
Mira si tengo razon. *Entre los dos.*
Dieg. Ya he caido en tu pesar.
Urr. Qué te ha podido turbar
el gusto? *Sanch.* Cierta ocasion,
que me da pena. *Dieg.* Señora,
una necia astrología
le causa melancolía,
y tú la creciste ahora.
Urr. Quien viene á darle contento,
cómo su disgusto aumenta?
Dieg. Dice, que á muerte violenta
le inclina su nacimiento.
Sanch. Y con una arma arrojada
herido en el corazon.
Dieg. Y como en esta ocasion
la vió en tu mano::- *Urr.* Ay cuitada!
Sanch. Alteróme de manera,
que me ha salido á la cara.
Urr. Si disgustarte pensara
con ella, no la truxera.
Mas tú crédito has de dar
á lo que abominan todos?
Sanch. Con todo buscaré modos
como poderme guardar.
Mandaré hacer una plancha,
y con ella cubriré
el corazon, sin que esté
mas estrecha, ni mas ancha.
Urr. Guarda con mas prevencion
el corazon, mira bien,
que por la espalda tambien
hay camino al corazon.
Sanch. Qué me has dicho? que imagino,
que tú de tirar te alabes
un venablo, y de que sabes
del corazon el camino.
Por las espaldas, traidora,
temo que causa has de ser
tú de mi muerte: muger,
estoy por matarte ahora,
y asegurar mis enojos.
Dieg. Qué haces, Príncipe?
Sanch. Qué siento?
ese venablo sangriento
rebienta sangre en mis ojos.
Urr. Hermano, el rigor reporta
de quien justamente huyo;
no es mi padre como tuyo
el Rey mi señor?
Sanch. Qué importa?
Que eres de mi padre hija,
pero no de mi fortuna:
nací heredando. *Urr.* Importuna
es tu arrogancia y prolixa.
Dieg. El Rey viene.
Sanch. Qué despecho!
Urr. Qué hermano tan enemigo!

Sa-

Salen el Rey Don Fernando y el Rey Moro, que envia Rodrigo, y otros que le acompañan.
Rey. Diego, tu hijo Rodrigo
un gran servicio me ha hecho.
Y en mi palabra fiado
licencia le he concedido
para verme. *Dieg.* Y ha venido?
Rey. Sospecho que habrá llegado.
Y en prueba de su valor::-
Dieg. Grande fué la dicha mia.
Rey. Hoy á mi presencia envia
un Rey por su Embaxador.
Siéntase el Rey.
Volvió por mí y por mis greyes:
muy obligado me hallo.
Rey Moro. Tienes, señor, un vasallo
de quien lo son quatro Reyes.
En esquadrones formados,
tendidas nuestras banderas,
corriamos tus fronteras,
venciamos tus soldados,
talábamos tus campañas,
cautivábamos tus gentes,
sujetando hasta las fuentes
de las soberbias montañas:
quando gallardo y ligero
el gran Rodrigo llegó,
peleó, rompió, mató,
y vencióme á mí el primero.
Viniéronme á socorrer
tres Reyes, y su venir
tan solo pudo servir
de darle mas que vencer.
Pues su esfuerzo varonil
los nuestros dexando atras,
quinientos hombres no mas
nos venciéron á seis mil.
Quitónos el Español
nuestra opinion en un dia,
y una presa, que valia
mas oro que engendra el sol:
y en su mano vencedora
nuestra divisa Otomana,
sin venir lanza Christiana
sin una cabeza Mora.
Viene con todo triunfando
entre aplausos excesivos,
atropellando cautivos,
y banderas arrastrando,
asegurando esperanzas,
obligando corazones,
recibiendo bendiciones,
y despreciando alabanzas.
Y ya llega á tu presencia.
Urr. Venturosa suerte mia!
Dieg. Para llorar de alegría
te pido, señor, licencia,
y para abrazarle (ay Dios!)
ántes que llegue á tus pies.
Entra Rodrigo, y abrázanse.
Estoy loco! *Cid.* Causa es
que nos disculpa á los dos.
Pero ya esperando estoy
tu mano y tus pies y todo.
Arrodíllase delante del Rey.
Rey. Levanta, famoso Godo,
levanta. *Cid.* Tu hechura soy.
Mi Príncipe? *Sanch.* Mi Rodrigo?
Cid. Por tus bendiciones llevo
estas palmas. *Urr.* Ya de nuevo,
pues te alcanzan, te bendigo.
Rey Moro. Gran Rodrigo?
Cid. O Almanzor?
Rey Moro. Dame la mano el mio Cide.
Cid. A nadie mano se pide
donde está el Rey mi señor.
A él le presta la obediencia.
Rey Moro. Ya me sujeto á sus leyes
en nombre de otros tres Reyes
y el mio. O Alá! paciencia.
Sanch. El mio Cid le ha llamado.
Rey Moro En mi lengua es mi señor,
pues ha de serlo el honor
merecido y alcanzado.
Rey. Ese nombre le está bien.
Rey Moro. Entre Moros le ha tenido.
Rey. Pues allá le ha merecido,
en mis tierras se le den.
Llamarle el Cid es razon,
y añadirá porque asombre,
á su apellido este nombre,
y á su fama este blason.
Sale Ximena Gomez enlutada, con quatro Escuderos tambien enlutados con sus lobas.

Es-

Escudero I. Sentado está el señor Rey
en su silla de respaldo.
Xim. Para arrojarme á sus pies
qué importa que esté sentado?
Si es magno, si es justiciero,
premie al bueno, y pene al malo;
que castigos y mercedes
hacen seguros vasallos.
Dieg. Arrastrando luengos lutos
entráron de quatro en quatro
Escuderos de Ximena,
hija del Conde Lozano.
Todos atentos la miran,
suspenso quedó palacio,
y para decir sus quejas
se arrodilla en los estrados.
Xim. Señor, hoy hace tres meses,
que murió mi padre á manos
de un rapaz, á quien las tuyas
para matador criáron.
Don Rodrigo de Bivar
soberbio, orgulloso y bravo
profanó tus leyes justas,
y tú le amparas ufano.
Son tus ojos sus espias,
tu retrete su sagrado,
tu favor sus alas libres,
y su libertad mis daños.
Si de Dios los Reyes justos
la semejanza y el cargo
representan en la tierra
con los humildes humanos,
no debiera de ser Rey
bien temido y bien amado,
quien desmaya la justicia,
y esfuerza los desacatos.
A tu justicia, señor,
que es árbol de nuestro amparo,
no se arrimen malhechores
indignos de ver sus ramos.
Mal lo miras, mal lo sientes,
y perdona si mal hablo,
que en boca de una muger
tiene licencia un agravio.
Qué dirá, qué dirá el mundo
de tu valor, gran Fernando,
si al ofendido castigas,
y si premias al culpado?
Rey, Rey justo, en tu presencia
advierte bien como estamos,
él ofensor, yo ofendida,
yo gimiendo, y él triunfando;
él arrastrando banderas,
y yo lutos arrastrando;
él levantando trofeos,
y yo padeciendo agravios;
él soberbio, yo encogida;
yo agraviada, y él honrado;
yo afligida, y él contento;
él riendo, y yo llorando.
Cid. Sangre os dieran mis entrañas
para llorar, ojos claros.
Xim. Ay Rodrigo! ay honra! ay ojos!
adónde os lleva el cuidado? *ap.*
Rey. No haya mas, Ximena, baste;
levantaos, no lloreis tanto,
que ablandarán vuestras quejas
entrañas de acero y marmol:
que podrá ser que algun dia
troqueis en placer el llanto;
y si he guardado á Rodrigo,
quizá para vos le guardo.
Pero por haceros gusto,
vuelva á salir desterrado,
y huyendo de mi rigor
exercite el de sus brazos,
y no asista en la Ciudad
quien tan bien prueba en el campo.
Pero si me dais licencia,
Ximena, sin enojaros,
en premio de estas victorias
ha de llevarse este abrazo. *Abrázale.*
Cid. Honra, valor, fuerza y vida,
todo es tuyo, gran Fernando;
pues siempre de la cabeza
baxa el vigor á la mano.
Y así te ofrezco á los pies
esas banderas que arrastro,
esos Moros que cautivo,
y esos haberes que gano.
Rey. Dios te me guarde, el mio Cid.
Cid. Beso tus heroycas manos,
y á Ximena dexo el alma. *ap.*
Xim. Que la opinion pueda tanto,
que persigo lo que adoro? *ap.*
Urr. Tiernamente se han mirado: *ap.*
no

no le ha cubierto hasta el alma
á Ximena el luto largo,
(ay Cielo!) pues no han salido
por sus ojos sus agravios.
Sanch. Vamos, Diego, con Rodrigo,
que yo quiero acompañarlo,
y verme entre sus trofeos.
Dieg. Es honrarme, y es honrarlo:
ay hijo del alma mia!
Xim. Ay enemigo adorado!
Cid. O amor, en tu sol me hielo!
Urr. O amor, en zelos me abraso.

JORNADA TERCERA.

Salen Arias Gonzalo y la Infanta Doña Urraca.

Arias. Mas de lo justo adelantas,
señora, tu sentimiento.
Urr. Con mil ocasiones siento,
y lloro con otras tantas.
Arias Gonzalo, por padre
te he tenido.
Arias. Y soylo yo
con el alma.
Urr. Ha que murió,
y está en el Cielo mi madre
mas de un año, y es crueldad
lo que esfuerzan mi dolor
mi hermano con poco amor,
mi padre con mucha edad.
Un mozo que ha de heredar,
y un viejo que ha de morir,
me dan penas que sentir,
y desdichas que llorar.
Arias. Y no alivia tu cuidado
el ver que aun viven los dos,
y entre tanto querrá Dios
pasarte á mejor estado?
A otros Reynos, y á otro Rey
de los que te han pretendido.
Urr. Yo un extraño por marido?
Arias. No lo siendo de tu ley,
qué importa?
Urr. Así me destierra
la piedad que me crió?
mejor le admitiera yo
de mi sangre y de mi tierra;
que mas quisiera mandar
una Ciudad, una Villa,
una Aldea de Castilla,
que en muchos Reynos reynar.
Arias. Pues pon, señora, los ojos
en uno de tus vasallos.
Urr. Antes habré de quitallos
á costa de mis enojos.
Mis libertades te digo
como al alma propia mia.
Arias. Dí, no dudes.
Urr. Yo querria
al gran Cid, al gran Rodrigo:
castamente me obligó,
pensé casarme con él.
Arias. Pues quién lo estorba?
Urr. Es cruel
mi suerte, y honrada yo.
Ximena y él se han querido,
y despues del Conde muerto
se adoran. *Arias.* Es cierto?
Urr. Cierto
será, que en mi daño ha sido.
Quanto mas su padre llora,
quanto mas justicia sigue,
y quanto mas le persigue,
es cierto que mas le adora.
Y él la idolatra adorado,
y está en mi pecho advertido,
no del todo aborrecido,
pero del todo olvidado.
Que la muger ofendida
del todo desengañada,
ni es discreta, ni es honrada,
si no aborrece, ni olvida.
Mi padre viene, despues
hablarémos, mas (ay Cielo!)
ya me ha visto.
Arias. A tu consuelo
aspira.

Salen el Rey Don Fernando y Diego Lainez, y acompañamiento.

Dieg. Beso tus pies
por la merced que á Rodrigo
le has hecho: vendrá volando
á servirte. *Rey.* Ya esperando
lo estoy. *Dieg.* Mi suerte bendigo.
Rey.

Rey. Doña Urraca, dónde vais?
esperad, hija, qué haceis?
qué os aflige? qué teneis?
habeis llorado? llorais?
Triste estais. *Urr.* No lo estuviera,
si tú que me diste el ser
eterno hubieras de ser,
ó mi hermano amable fuera.
Pero mi madre perdida,
y tú cerca de perderte,
dudosa queda mi suerte
de su rigor ofendida.
Es el Príncipe un leon
para mí. *Rey.* Infanta, callad,
la falta en la eternidad
supliré en la prevencion.
Y pues tengo, gloria á Dios,
mas Reynos y mas estados
adquiridos, que heredados,
alguno habrá para vos.
Y alegraos, que aun vivo estoy,
y si no:- *Urr.* Dame la mano.
Rey. Es Don Sancho buen hermano,
yo padre, y buen padre soy.
Id con Dios. *Urr.* Guárdate el Cielo.
Rey. Tened de mí confianza.
Urr. Ya tu bendicion me alcanza. *Vase.*
Arias. Ya me alcanza tu consuelo.
Sale un Criado.
Rey. Resuelto está el de Aragon,
pero ha de ver algun dia,
que es Calahorra tan mia
como Castilla y Leon.
Que pues letras y letrados
tan varios en esto están,
mejor lo averiguarán
con las armas los soldados.
Remitir quiero á la espada
esta justicia que sigo,
y al mio Cid, al mi Rodrigo
encargarle esta jornada.
En mi palabra fiado
lo he llamado. *Arias.* Y ha venido?
Dieg. Si tu carta ha recibido,
con tus alas ha volado.
Sale otro Criado.
Criado. Ximena pide licencia
para besarte la mano.
Rey. Tiene del Conde Lozano
la arrogancia y la impaciencia:
siempre la tengo á mis pies
descompuesta y querellosa.
Dieg. Es honrada y es hermosa.
Rey. Importuna tambien es.
A disgusto me provoca
el ver entre sus enojos
lágrimas siempre en sus ojos,
justicia siempre en su boca.
Nunca imaginara tal,
siempre sus querellas sigo.
Arias. Pues yo sé que ella y Rodrigo,
señor, no se quieren mal.
Pero así de la malicia
defenderá la opinion;
ó quizá satisfaccion
pide, pidiendo justicia.
Y el tratar el casamiento
de Rodrigo con Ximena
será alivio de su pena.
Rey. Yo estuve en tu pensamiento;
pero no lo osé intentar,
por no crecer su disgusto.
Dieg. Merced fuera, y fuera justo.
Rey. Quiérense bien?
Arias. No hay dudar.
Rey. Tú lo sabes? *Arias.* Lo sospecho.
Rey. Para intentarlo qué haré?
de qué manera podré
averiguarlo en su pecho?
Arias. Dexándome el cargo á mí,
haré una prueba bastante.
Rey. Dile, que entre.
Arias. Este diamante
he de probar. Oye. *Criado.* Di.
El primer Criado habla al oido con Arias Gonzalo, y el otro sale á avisar á Ximena.
Rey. En el alma gustaria
de gozar tan buen vasallo
libremente. *Dieg.* Imaginallo
hace inmensa mi alegría.
Sale Ximena Gomez.
Xim. Cada dia que amanece,
sin poderlo remediar,
veo quien mató á mi padre
tan ufano y tan galan
caballero en un caballo,
y en su mano un gavilan.
A mi casa de placer,
donde alivio mi pesar,
curioso, libre y ligero
mira, escucha, viene y va,
y por hacerme despecho,
dispara á mi palomar
flechas, que á los vientos tira,
y en el corazon me dan.
Mátame mis palomicas
criadas y por criar;
la sangre que sale de ellas,
me ha salpicado el brial.
Enviéselo á decir,
envióme á amenazar,
con que ha de dexar sin vida
cuerpo que sin alma está.
Rey, que no hace justicia,
no debria de reynar,
ni pasear en caballo,
ni con la Reyna folgar.
Justicia, buen Rey, justicia.
Rey. Baste, Ximena, no mas.
Dieg. Perdonad, gentil señora,
y vos, buen Rey, perdonad,
que lo que ahora dixiste
sospecho que lo soñais.
Pensando vuestras venganzas,
si os desvanece el llorar,
lo habréis soñado esta noche,
y se os figura verdad;
que Rodrigo ha muchos dias,
señora, que ausente está,
porque es ido en romeria
á Santiago: ved, mirad,
cómo es posible ofenderos
en eso que le culpais?
Xim. Antes que se fuese ha sido.
Si podré disimular! *ap.*
Ya en mi ofensa, que estoy loca
solo falta que digais.
Dentro el Portero. Qué quereis?
Dentro el Criado. Hablar al Rey:
dexadme, dexadme entrar.
Sale el primer Criado.
Rey. Quién mi palacio alborota?
Arias. Qué teneis? adónde vais?

Criado. Nuevas te traigo el buen Rey
de desdicha y de pesar:
el mejor de tus vasallos
perdiste, en el Cielo está.
El Santo Patron de España
venia de visitar,
y saliéronle al camino
quinientos Moros, y aun mas;
y él con veinte de los suyos,
que acompañándole van,
los acomete, enseñado
á no volver paso atras.
Catorce heridas le han dado,
que la menor fué mortal:
ya es muerto el Cid, ya Ximena
no tiene que se cansar,
Rey, en pedirte justicia.
Dieg. Ay mi hijo! dónde estais?
que estas nuevas, aun oidas *ap.*
burlando, me hacen llorar.
Xim. Muerto es Rodrigo? Rodrigo
es muerto? no puedo mas; *ap.*
Jesus mil veces! *Rey.* Ximena!
qué teneis? qué os desmayais?
Xim. Tengo un lazo en la garganta,
y en el alma muchos hay.
Rey. Vivo es Rodrigo, señora,
que yo he querido probar,
si es que dice vuestra boca
lo que en vuestro pecho está.
Ya os he visto el corazon,
reportadle, sosegad.
Xim. Si estoy turbada y corrida,
mal me puedo sosegar.
Volveré por mi opinion: *ap.*
ya sé el cómo (estoy mortal!)
ay honor, quánto me cuestas!
Si por agraviarme mas
te burlas de mi esperanza,
y pruebas mi libertad:
si miras que soy muger,
verás que lo aciertas mal;
y si no ignoras, señor,
que con gusto, y con piedad,
tanto atribula un placer,
como congoja un pesar;
verás, que con nuevas tales
me pudo el pecho asaltar

el placer, no la congoja,
y en prueba de esta verdad
hagan públicos pregones
desde la mayor Ciudad
hasta en la menor Aldea,
en los campos y en el mar,
y en mi nombre, dando al tuyo
bastante seguridad,
que á quien me dé la cabeza
de Rodrigo de Bivar,
le daré con quanta hacienda
tiene la casa de Orgaz
mi persona, si la suya
me igualare en calidad;
y si no es su sangre hidalga
de conocido solar,
lleve con mi gracia entera
de mi hacienda la mitad.
Y si esto no haces, Rey,
propios y extraños dirán,
que tras quitarme el honor,
no hay en ti para reynar
ni prudencia ni razon,
ni justicia ni piedad.
Rey. Fuerte cosa habeis pedido:
no mas llanto, bueno está.
Dieg. Y yo tambien, yo, señor,
suplico á tu Magestad,
que por dar gusto á Ximena
en un pregon general
asegures lo que ofrece
con tu palabra Real.
Que á mí no me da cuidado,
que en Rodrigo de Bivar
muy alta está la cabeza,
y el que alcanzarla querrá
mas que gigante ha de ser,
y en el mundo pocos hay.
Rey. Pues las partes se conforman,
ea, Ximena, ordenad
á vuestro gusto el pregon.
Xim. Los pies te quiero besar.
Arias. Grande valor de muger.
Dieg. No tiene el mundo su igual.
Xim. La vida te doy, perdona,
honor, si te debo mas. *Vanse.*
Salen el Cid Rodrigo, y dos Soldados suyos, y el Pastor en hábito de lacayo, y una voz de un Gafo diee de dentro, sacando las manos, y lo demas del cuerpo muy llagado y asqueroso.
Gafo. No hay un Christiano que acuda
á mi gran necesidad?
Cid. Esos caballos atad.
Fuéron voces? 1. Son sin duda.
Cid. Qué puede ser? el cuidado
hace la piedad mayor.
Oyes algo? 2. No señor.
Cid. Pues nos hemos apeado,
escuchad. *Pastor.* No escucho cosa.
1. Yo tampoco. 2. Yo tampoco.
Cid. Tendamos la vista un poco
por esta campaña hermosa,
que aquí esperarémos bien
los demas: propio lugar
para poder descansar.
Pastor. Y para comer tambien.
1. Traes algo en el arzon?
2. Una pierna de carnero.
1. Y yo una bota. *Past.* Esa quiero.
1. Y casi entero un jamon.
Cid. Apénas salido el sol,
despues de haber almorzado,
quereis comer? *Past.* Un bocado.
Cid. A nuestro Santo Español
primero gracias le hagamos,
y despues podréis comer.
Past. Las gracias suélense hacer
despues de comer: comamos.
Cid. Da á Dios el primer cuidado,
que aun no tarda la comida.
Past. Hombre no he visto en mi vida
tan devoto y tan soldado.
Cid. Y es estorbo el ser devoto
al ser soldado? *Past.* Sí es:
á qué soldado no vés
desalmado, ó boquirroto?
Cid. Muchos hay, y ten en poco
siempre á qualquiera soldado
hablador y desalmado,
porque es gallina, ó es loco.
Y los que en su devocion,
á sus tiempos concertada,
le dan filos á la espada,
mejores soldados son.
Past.

Past. Con todo, en esta jornada
da risa tu devocion,
con dorada guarnicion,
y con espuela dorada,
con plumas en el sombrero,
á caballo, y en la mano
un rosario. *Cid.* El ser Christiano
no impide al ser caballero.
Para general consuelo
de todos, la mano diestra
de Dios mil caminos muestra,
y por todos se va al Cielo.
Y así, el que fuere guiado
por el mundo peregrino,
ha de buscar el camino,
que diga con el estado.
Para el bien que se promete
de un alma limpia y sencilla,
lleve el Frayle su capilla,
y el Clérigo su bonete;
y su capote doblado
lleve el tosco labrador,
que quizá acierta mejor
por el surco de su arado.
Y el soldado y caballero,
si lleva buena intencion,
con dorada guarnicion,
con plumas en el sombrero,
á caballo, y con dorada
espuela, galan divino,
si no es que yerra el camino,
hará bien esta jornada.
Porque al Cielo caminando,
ya llorando, ya riendo,
van los unos padeciendo,
y los otros peleando.
Gaf. No hay un Christiano, un amigo
de Dios? *Cid.* Qué vuelvo á escuchar?
Gaf. No con solo pelear
se gana el Cielo, Rodrigo.
Cid. Llegad, de aquel tremedal
salió la voz. *Gaf.* Un hermano
en Christo deme la mano,
saldré de aquí. *Past.* No haré tal,
que está gafa y asquerosa.
1. No me atrevo. *Gaf.* Oid un poco
por Christo. 2. Ni yo tampoco.
Sácale de las manos.
Cid. Yo sí, que es obra piadosa,
y aun te besaré la mano.
Gaf. Todo es menester, Rodrigo,
matar allá al enemigo,
y valer aquí al hermano.
Cid. Es para mí gran consuelo
esta christiana piedad.
Gaf. Las obras de caridad,
son escalones del Cielo.
Y en un caballero son
tan propias y tan lucidas,
que deben ser admtidas
por precisa obligacion.
Por ellas un caballero
subirá de grada en grada,
cubierto en lanza y espada
con oro el luciente acero.
Y con plumas, si es que acierta
la ligereza del vuelo,
no haya miedo que en el Cielo
halle cerrada la puerta.
Ah buen Rodrigo! *Cid.* Buen hombre,
qué Angel (llega, tente, toca)
habla por tu enferma boca?
cómo me sabes el nombre?
Gaf. Oíte nombrar viniendo
ahora por el camino.
Cid. Algun misterio imagino
en lo que te estoy oyendo.
Qué desdicha en tal lugar
te puso? *Gaf.* Dicha seria:
por el camino venia,
desviéme á descansar,
y como casi mortal
torcí el paso, erré el sendero,
por aquel derrumbadero
caí en aquel tremedal,
donde ha dos dias cabales
que no como. *Cid.* Qué extrañeza!
sabe Dios con que terneza
contemplo aflicciones tales.
A mí qué me debe Dios
mas que á ti? y porque es servido,
lo que es suyo ha repartido
desigualmente en los dos.
Pues no tengo mas virtud,
tan de hueso y carne soy,
y gracias al Cielo estoy

con hacienda y con salud.
Con igualdad nos podia
tratar: y así es justo darte
de lo que quitó en tu parte,
para añadir en la mia.
Cúbrele con un gavan.
Esas carnes laceradas
cubrid con ese gavan.
Las acemilas vendrán
tan presto? *Past.* Vienen pesadas.
Cid. Pues de eso podeis traer,
que á los arzones venia.
Past. Gana de comer tenia,
mas ya no podré comer;
porque esa lepra de modo
me ha el estómago revuelto:-
1. Yo tambien estoy resuelto
de no comer. 2. Y yo y todo.
Un plato viene no mas,
que por desdicha aquí está.
Cid. Ese solo bastará.
2. Tú, señor, comer podrás
en el suelo. *Cid.* No, que á Dios
no le quiero ser ingrato.
Llegad, comed, que en un plato
hemos de comer los dos.
Siéntanse los dos, y comen.
1. Asco tengo. 2. Vomitar
querria. *Past.* Verlo podeis.
Cid. Ya entiendo el mal que teneis:
allá os podeis apartar.
Solos aquí nos dexad,
si es que el asco os alborota.
Past. El dexaros con la bota
me pesa mucho en verdad.
Vanse el Pastor y Soldados.
Gaf. Dios os lo pague. *Cid.* Comed.
Gaf. Bastantemente he comido,
gloria á Dios. *Cid.* Bien poco ha sido,
bebed, hermano, bebed.
Descansa. *Gaf.* El divino dueño
de todo siempre pagó.
Cid. Dormid un poco, que yo
quiero guardaros el sueño.
Aquí estaré á vuestro lado;
pero yo me duermo: hay tal?
no parece natural
este sueño que me ha dado.
A Dios me encomiendo, y sigo
en todo su voluntad. *Duérmese.*
Gaf. O gran valor! gran bondad!
ó gran Cid! ó gran Rodrigo!
ó gran Capitan Christiano!
dicha es tuya, y suerte es mia,
pues todo el Cielo te envia
la bendicion por mi mano:
y el mismo Espíritu Santo
este aliento por mi boca.
El Gafo aliéntale por las espaldas, y desaparécese, y el Cid váyase despertando á espacio, porque tenga tiempo de vestirse el Gafo de San Lázaro.
Cid. Quién me enciende? quién me toca?
Jesus! Cielo, Cielo santo!
Qué es del pobre? qué se ha hecho?
qué fuego lento me abrasa,
que como rayo me pasa
de las espaldas al pecho?
Quién seria? El pensamiento
lo adivina, y Dios lo sabe.
Qué olor tan dulce y suave
dexó su divino aliento!
Aquí se dexó el gavan:
seguiréle sus pisadas:
válgame Dios! señaladas
hasta en las peñas están.
Seguir quiero sin rezelo
sus pasos:-
Sale arriba con una tunicela blanca el Gafo, que es San Lázaro.
Gaf. Vuelve, Rodrigo.
Cid. Que yo sé, que si los sigo,
me llevarán hasta el Cielo.
Ahora siento que pasa
con mas fuerza y mas vigor
aquel bao, aquel calor,
que me consuela y me abrasa.
Gaf. San Lázaro soy, Rodrigo,
yo fuí el pobre á quien honraste;
y tanto á Dios agradaste
con lo que hiciste conmigo,
que serás un imposible
en nuestros siglos famoso,
un Capitan milagroso,
un vencedor invencible:
y

y tanto, que solo á ti
los humanos te han de ver
despues de muerto vencer;
y en prueba de que es así,
en sintiendo aquel vapor,
aquel soberano aliento,
que por la espalda violento
te pasa al pecho el calor,
emprende qualquier hazaña,
solicita qualquier gloria,
pues te ofrece la victoria
el Santo Patron de España.
Y ve, pues tan cerca estás,
que tu Rey te ha menester.
Desaparécese.
Cid. Alas quisiera tener,
y seguirte donde vas.
Mas pues el Cielo volando
entre sus nubes te encierra,
lo que pisaste en la tierra,
iré siguiendo y besando. *Vase.*
Salen el Rey Don Fernando, Diego Lainez, Arias Gonzalo y Peranzules.
Rey. Tanto de vosotros fio,
parientes:- *Arias.* Honrarnos quieres.
Rey. Que á vuestros tres pareceres
quiero remitir el mio.
Y así dudoso y perplexo
la respuesta he dilatado;
porque de un largo cuidado
nace un maduro consejo.
Propóneme el de Aragon,
que es un grande inconveniente
el juntarse tanta gente
por tan leve pretension;
y cosa por inhumana,
que nuestras hazañas borra,
el comprar á Calahorra
con tanta sangre Christiana.
Y que así de esta jornada
la justicia y el derecho
se remita á solo un pecho,
una lanza, y una espada.
Que peleará por él
contra el que fuere por mí,
para que se acabe así
guerra, aunque justa, cruel,
y sea del vencedor
Calahorra; y todo en fin
lo remite á Don Martin
Gonzalez su Embaxador.
Dieg. No hay negar, que es christiandad
bien fundada y bien medida
excusar con una vida
tantas muertes. *Per.* Es verdad;
mas tiene el Aragones
al que vés su Embaxador
por manos de su valor,
y por basa de sus pies.
Es Don Martin un gigante
en fuerza y en proporcion,
un Rodamante, un Milon,
un Alcides, un Atlante.
Y así apoya sus cuidados
en él solo, habiendo sido
quizá no estar prevenido
de dineros y soldados.
Y así harás mal, si aventuras,
remitiendo esta jornada
á una lanza y á una espada,
lo que en tantas te aseguras.
Y viendo en brazo tan fiero
el acerada cuchilla.
Arias. Y no hay espada en Castilla,
que sea tambien de acero?
Dieg. Faltará acá un Castellano,
si hay allá un Aragones,
para basa de tus pies,
para valor de tu mano?
Ha de faltar un Atlante,
que apoye tu pretension,
un árbol á ese Milon,
y un David á ese Gigante?
Rey. Dias ha que en mi corona
miran mi respuesta en duda,
y no hay un hombre, que acuda
á ofrecerme su persona.
Per. Temen el valor profundo
de este hombre, y no es maravilla,
que atemorice á Castilla
un hombre, que asombra el mundo.
Dieg. Ah Castilla, á qué has llegado!
Arias. Con espadas y consejos
no han de faltarte los viejos;
pues los mozos te han faltado,
yo

yo saldré, y, Rey, no te espante
el fiar de mí este hecho,
que qualquier honrado pecho
tiene el corazon gigante.
Rey. Arias Gonzalo::- *Arias.* Señor,
de mí te sirve y confia,
que aun no es mi sangre tan fria,
que no hierva en mi valor.
Rey. Yo estimo esta voluntad
al peso de mi corona;
pero, alzad, vuestra persona
no ha de aventurarse, alzad,
no digo por una Villa,
mas por todo el interes
del mundo. *Arias.* Señor, no vés
que pierde opinion Castilla?
Rey. No pierde, que á cargo mio,
que le di tanta opinion,
queda su heroyco blason,
que de mis gentes confio.
Y ganará el interes
no solo de Calahorra,
mas pienso hacerlo que corra
todo el Reyno Aragones.
Haced que entre Don Martin.
Vase un Criado, y entra otro.
Criad. Rodrigo viene.
Rey. A buen hora.
Entre. *Dieg.* Ay Cielo!
Rey. En todo ahora
espero dichoso fin.
Sale por una puerta Don Martin Gonzalez, y por otra Rodrigo.
Mart. Rey poderoso en Castilla::-
Cid. Rey en todo el mundo el magno::-
Mart. Guárdete el Cielo.
Cid. Tu mano
honre al que á tus pies se humilla.
Rey. Cubrios, Don Martin: mio Cid,
levantaos: Embaxador,
sentaos. *Mart.* Así estoy mejor.
Rey. Así os escucho, decid.
Mart. Solo suplicarte quiero::-
Rey. Notable arrogancia es esta. *ap.*
Mart. Que me des una respuesta,
que ha dos meses que la espero.
Tienes algun Castellano,
á quien tu justicia des,
que espere un Aragones
cuerpo á cuerpo, y mano á mano?
Pronuncie una espada el fallo
de una victoria la ley;
gane Calahorra el Rey
que tenga mejor vasallo.
Dexe Aragon y Castilla
de verter sangre Española,
pues basta una gota sola
para el precio de una Villa.
Rey. En Castilla hay tantos buenos,
que puedo en su confianza
mi justicia y mi esperanza
fiarle al que vale ménos.
Y á qualquier señalaria
de todos, si no pensase,
que si á uno señalase,
los demas ofenderia.
Y así, para no escoger,
ofendiendo tanta gente,
mi justicia solamente
fiaré de mi poder.
Arbolaré mis banderas
con divisas diferentes,
cubriré el Cielo de gentes
naturales y extrangeras.
Marcharán mis Capitanes
con ellas, verá Aragon
la fuerza de mi razon
escrita en mis tafetanes.
Esto haré, y lo que le toca
hará tu Rey contra mí.
Mart. Esa respuesta le di,
ántes de oirla en tu boca.
Porque teniendo esta mano
por suya el Aragones,
no era justo que á mis pies
se atreviera un Castellano.
Cid. Rebiento! Con tu licencia
quiero responder, señor,
que ya es falta del valor
sobrar tanto la paciencia.
Don Martin, los Castellanos
con los pies, á vencer hechos,
suelen romper muchos pechos,
atropellar muchas manos,
y sujetar muchos cuellos;
y por mí su Magestad

te hará ver esta verdad
á favor de todos ellos.
Mart. El que está en aquella silla,
tiene prudencia y valor:
no querrá::- *Cid.* Vuelve, señor,
por la opinion de Castilla.
Esto el mundo ha de saber,
eso el Cielo ha de mirar:
sabes que sé pelear,
y sabes que sé vencer.
Pues cómo, Rey, es razon,
que por no perder Castilla
el interes de una Villa,
pierda un mundo de opinion?
Qué dirán, Rey soberano,
el Aleman y el Frances,
que contra un Aragones
no han tenido un Castellano?
Si es que dudas en el fin
de esta empresa, á que me obligo,
salga al campo Don Rodrigo,
aunque venza Don Martin.
Pues es tan cierto y sabido,
quanto peor viene á ser
el no salir á vencer,
que saliendo el ser vencido.
Rey. Lavanta, pues me levantas
el ánimo: en ti confio,
Rodrigo: el imperio mio
es tuyo. *Cid.* Beso tus plantas.
Rey. Buen Cid::-
Cid. El Cielo te guarde.
Rey. Sal en mi nombre á esta lid.
Mart. Tú eres á quien llama Cid
algun Morillo cobarde?
Cid. Delante mi Rey estoy;
mas yo te daré en campaña
la respuesta.
Mart. Quién te engaña?
Tú eres Rodrigo? *Cid.* Yo soy.
Mart. Tú á campaña?
Cid. No soy hombre?
Mart. Conmigo?
Cid. Arrogante estás,
sí, y allí conocerás
mis obras, como mi nombre.
Mart. Pues tú te atreves, Rodrigo,
no tan solo á no temblar
de mí, pero á pelear,
y quando ménos conmigo?
Piensas mostrar tus poderes
no contra arneses y escudos,
si no entre pechos desnudos,
con hombres medio mugeres?
Con los Moros, en quien son
los alfanges de oropel,
las adargas de papel,
y los brazos de algodon.
No adviertes que quedarás
sin el alma que te anima,
si dexo caerte encima
una manopla no mas?
Ve allá, y vence á tus Morillos,
y huye aquí de mis rigores.
Cid. Nunca perros ladradores
tienen valientes colmillos!
Y así, sin tanto ladrar,
solo quiero responder,
que animoso por vencer
saldré al campo á pelear.
Y fundado en la razon
que tiene su Magestad,
pondré yo la voluntad,
y el Cielo la permision.
Mart. Ea, pues quieres morir,
con matarte, pues es justo,
á dos cosas de mi gusto
con una quiero acudir.
Al que diere la cabeza
de Rodrigo, la hermosura
de Ximena no asegura
en un pregon vuestra Alteza?
Rey. Sí aseguro. *Mart.* Y yo soy quien
me ofrezco dicha tan buena,
porque por Dios que Ximena
me ha parecido muy bien.
Su cabeza, por los Cielos,
y á mí en sus manos verás.
Cid. Ahora me ofende mas,
porque me abrasa con zelos. *ap.*
Mart. Es pues, Rey, la conclusion
en breve, por no cansarte,
que donde el término parte
Castilla con Aragon
será el campo, y señalados
Jueces, los dos saldrémos,

y por seguro traerémos
cada quinientos soldados.
Así quede. *Rey*. Quede así.
Cid. Y allí verás en tu mengua
quan diferente es la lengua
que la espada. *Mar*. Ve, que allí
daré yo (aunque te socorra
de tu arnes la mejor pieza)
á Ximena tu cabeza,
y á mi Rey á Calahorra.
Cid. Al momento determino
partir con tu bendicion.
Mart. Como si fuera un halcon
volaré por el camino.
Rey. Ve á vencer.
Dieg. Dios soberano
te dé la victoria y palma,
como te doy con el alma
la bendicion de la mano.
Arias. Gran Castellano tenemos
en ti. *Mart*. Yo voy.
Cid. Yo te sigo.
Mart. Allá me verás, Rodrigo.
Cid. Martin, allá nos verémos. *Vanse*.
Salen Ximena y Elvira.
Xim. Elvira, ya no hay consuelo
para mi pecho afligido.
Elv. Pues tú misma lo has querido,
de quién te quejas?
Xim. Ay Cielo!
Elv. Para cumplir con tu honor,
por el decir de la gente,
no bastaba cuerdamente
perseguir el matador
de tu padre y de tu gusto,
y no obligar con pregones
á tan fuertes ocasiones
de su muerte y tu disgusto?
Xim. Qué pude hacer? ay cuitada!
vime amante y ofendida,
delante del Rey corrida,
y de corrida turbada.
Y ofrecióme un pensamiento
para excusa de mi mengua:
dixe aquello con la lengua,
y con el alma lo siento;
y mas con esta esperanza
que este Aragones previene.
Elv. Don Martin Gonzalez tiene
ya en sus manos tu venganza,
y en el alma tu belleza
con tan grande extremo arrayga,
que no dudes que te traiga
de Rodrigo la cabeza:
que es hombre que tiene en poco
todo un mundo, y no te asombres,
que es espanto de los hombres,
y de los niños el coco.
Xim. Y es la muerte para mí:
no me le nombres, Elvira;
á mis desventuras mira:
en triste punto nací.
Consuélame. No podria
vencer Rodrigo? valor
no tiene? Mas es mayor
mi desdicha, porque es mia.
Y esta:- (ay Cielos soberanos!
Elv. Tan afligida no estés.
Xim. Será grillos de sus pies,
será esposas de sus manos:
ella le atará en la lid,
donde le venza el contrario.
Elv. Si por fuerte y temerario
el mundo le llama el Cid,
quizá vencerá su dicha
á la desdicha mayor.
Xim. Gran prueba de su valor
será el vencer mi desdicha.
Sale un Page.
Page. Esta carta te han traido,
dicen que es de Don Martin
Gonzalez. *Xim*. Mi amargo fin
podré yo decir que ha sido.
Vete: Elvira, llega, llega. *Vase el Page.*
Elv. La carta puedes leer.
Xim. Bien dices, si puedo ver,
que de turbada estoy ciega.
Lee. El luto dexa, Ximena,
ponte vestidos de bodas,
si es que mi gloria acomodas
donde quitaré tu pena.
De Rodrigo la cabeza
te promete mi valor,
por ser esclavo y señor
de tu gusto y tu belleza.
Ahora parto á vencer
ven-

vengando al Conde Lozano:
espera alegre una mano,
que tan dichosa ha de ser.
Don Martin. Ay Dios! qué siento?
Elv. Dónde vas? hablar no puedes.
Xim. A lastimar las paredes
de mi cerrado aposento,
á gemir, á suspirar.
Elv. Jesus!
Xim. Voy ciega, estoy muerta:
ven, enséñame la puerta
por donde tengo de entrar.
Elv. Dónde vas?
Xim. Sigo, y adoro
las sombras de mi enemigo;
soy desdichada. Ay Rodrigo! *ap.*
yo te mato, y yo te lloro. *Vanse.*
Salen el Rey Don Fernando, Arias Gonzalo, Diego Lainez y Peranzules.
Rey. De Don Sancho la braveza,
que, como sabeis, es tanta,
que casi casi se atreve
al respeto de mis canas:
viendo que por puntos crecen
el desamor, la arrogancia,
el desprecio, la aspereza
con que á sus hermanos trata:
como en fin padre, entre todos
me ha obligado á que reparta
mis Reynos y mis estados,
dando á pedazos el alma.
De esta piedad, qué os parece,
decid, Diego? *Diego*. Que es extraña,
y á toda razon de estado
hace grande repugnancia.
Si bien lo advirtes, señor,
mal prevalece una casa,
cuyas fuerzas repartidas
es tan cierto el quedar flacas.
Y el Príncipe mi señor,
si en lo que dices le agravias,
pues le dió el Cielo braveza,
tendrá razon de mostrarla.
Per. Señor, Alonso y García,
pues es una misma estampa,
pues de una materia misma
los formó quien los ampara,
si su hermano los persigue,
si su hermano los maltrata,
qué será, quando suceda
que á ser escuderos vayan
de otros Reyes á otros Reynos?
quedará Castilla honrada?
Arias. Señor, tambien son tus hijas
Doña Elvira y Doña Urraca,
y no prometen buen fin
mugeres desheredadas.
Dieg. Y si el Príncipe Don Sancho,
cuyas bravezas espantan,
cuyos prodigios admiran,
advirtiese que le agravias?
qué señala, qué promete
sino incendios en España?
Así, que si bien lo miras,
la misma, la misma causa,
que á lo que dices te incita,
te obliga á que no lo hagas.
Arias. Y es bien que su Magestad,
por temer esas desgracias,
pierda sus hijos, que son
pedazos de sus entrañas?
Dieg. Siempre el provecho comun
de la Religion Christiana
importó mas que los hijos,
demas que será sin falta,
si mezclando disensiones
unos á otros se matan,
que los perderá tambien.
Per. Entre dilaciones largas
eso es dudoso, esto cierto.
Rey. Podrá ser, si el brio amayna
Don Sancho con la igualdad,
que se humane. *Dieg*. No se humana
su indomable corazon,
ni aun á las estrellas altas.
Pero llámale, señor,
y tu intencion le declara;
y así verás si en la suya
tiene paso tu esperanza.
Rey. Bien dices.
Dieg. Ya viene allí.
Sale el Príncipe.
Rey. Pienso que mi sangre os llama:
llegad, hijo, sentaos, hijo.
Sanch. Dame la mano. *Rey*. Tomadla.

Como el peso de los años
sobre la ligera carga
del cetro y de la corona
mas presto á los Reyes cansa;
para que se eche de ver
lo que va en la edad cansada
de los trabajos del cuerpo
á los cuidados del alma;
siendo la veloz carrera
de la frágil vida humana
un hoy en lo poseido,
y en lo esperado un mañana:
yo, hijo, que de mi vida
en la segunda jornada
triste el dia, y puesto el sol
con la noche me amenaza;
quiero, hijo, por salir
de un cuidado, cuyas ansias
á mi muerte precipitan,
quando mi vida se acaba,
que oyais de mi testamento
bien repartidas las mandas,
por saber si vuestro gusto
asegura mi esperanza.
Sanch. Testamento hacen los Reyes?
Rey. Qué con tiempo se declara! *ap.*
No, hijo, de lo que heredan,
mas pueden de lo que ganan.
Vos heredais con Castilla
la Extremadura y Navarra,
quanto hay de Pisuerga á Ebro.
Sanch. Eso me sobra.
Rey. En la cara *ap.*
se le ha visto el sentimiento.
Sanch. Fuego tengo en las entrañas. *ap.*
Rey. De Don Alonso es Leon
y Asturias, con quanto abraza
tierra de Campos, y dexo
á Galicia y á Vizcaya
á Don García: á mis hijas
Doña Elvira y Doña Urraca
doy á Toro y á Zamora,
y que igualmente se partan
el Infantado: y con esto,
si la del Cielo os alcanza,
con la bendicion que os doy,
no podrán fuerzas humanas,
en vuestras fuerzas unidas,
atropellar vuestras armas:
que son muchas fuerzas juntas
como un manojo de varas,
que á romperlas no se atreve
mano que no las abarca;
mas de por sí cada una
qualquiera las despedaza.
Sanch. Si en ese exemplo te fundas,
señor, es cosa acertada
el dexarlas divididas
tú que pudieras juntarlas?
Por qué no juntas en mí
todas las fuerzas de España?
En quitarme lo que es mio
no vés, padre, que me agravias?
Rey. Don Sancho, Príncipe, hijo,
mira mejor que te engañas.
Yo solo heredé á Castilla:
de tu madre Doña Sancha
fué Leon; y lo demas
de mi mano y de mi espada.
Lo que yo gané, no puedo
repartir con manos francas
entre mis hijos, en quien
tengo repartida el alma?
Sanch. Y á no ser Rey de Castilla,
con qué gentes conquistaras
lo que repartes ahora?
con qué haberes, con qué armas?
Luego si Castilla es mia
por derecho, cosa es clara,
que al caudal, y no á la mano
se atribuye la ganancia?
Tú, señor, mil años vivas;
pero si mueres, mi espada
juntará lo que me quitas,
y hará una fuerza de tantas.
Rey. Inobediente rapaz,
tu soberbia y tu arrogancia
castigaré en un Castillo.
Per. Notable altivez! *Arias.* Extraña!
Sanch. Miéntras vives, todo es tuyo.
Rey. Mis maldiciones te caigan,
si mis mandas no obedeces.
Sanch. No siendo justas, no alcanzan.
Rey. Estoy::- *Dieg.* Mire vuestra Alteza
lo que dice, que mas calla
quien mas siente. *Sanch.* Callo ahora.
Dieg.

Dieg. En esta experiencia clara
verás mi razon, señor.
Rey. El corazon se me abrasa.
Dieg. Qué novedades son estas?
Ximena con oro y galas?
Rey. Cómo sin luto Ximena?
qué ha sucedido, qué pasa?
Sale Ximena vestida de gala.
Xim. Muerto traigo el corazon. *ap.*
Cielo, si podré fingir?
Acabé de recibir
esta carta de Aragon;
y como me da esperanza
de que tendré buena suerte,
el luto que dí á la muerte
me le quito á la venganza.
Dieg. Luego Rodrigo es vencido?
Xim. Y muerto lo espero ya.
Dieg. Ay hijo! *Rey.* Presto vendrá
certeza de lo que ha sido.
Xim. Esa he querido saber, *ap.*
y aqueste achaque he tomado.
Rey. Sosegaos. *Dieg.* Soy desdichado:
cruel eres. *Xim.* Soy muger.
Dieg. Ahora estarás contenta,
si es que murió mi Rodrigo.
Xim. Si yo la venganza sigo, *ap.*
corre el alma la tormenta.
Sale un Criado.
Rey. Qué nuevas hay?
Criad. Que ha llegado
de Aragon un caballero.
Dieg. Venció Don Martin? Yo muero!
Criad. Debió de ser. *Dieg.* Ay cuitado!
Criad. Que este trae la cabeza
de Rodrigo, y quiere darla
á Ximena. *Xim.* De tomarla *ap.*
me acabará la tristeza.
Sanch. No quedará en Aragon
una almena, vive el Cielo.
Xim. Ay Rodrigo! este consuelo
me queda en esta afliccion. *ap.*
Rey Fernando, caballeros,
oid mi desdicha inmensa,
pues no me queda en el alma
mas sufrimiento y mas fuerza.
A voces quiero decirlo,
que quiero que el mundo entienda
quánto me cuesta el ser noble,
y quánto el honor me cuesta.
De Rodrigo de Bivar
adoré siempre las prendas,
y por cumplir con las leyes,
que nunca el mundo tuviera,
procuré la muerte suya
tan á costa de mis penas,
que ahora la misma espada
que ha cortado su cabeza,
cortó el hilo de mi vida.
Sale Doña Urraca.
Urr. Como he sabido tu pena,
he venido: y como mia *ap.*
hartas lágrimas me cuesta.
Xim. Mas pues soy tan desdichada,
tu Magestad no consienta,
que ese Don Martin Gonzalez
esa mano injusta y fiera
quiera dármela de esposo,
conténtese con mi hacienda;
que mi persona, señor,
si no es que el Cielo la lleva,
llevaréla á un Monasterio.
Rey. Consolaos, alzad, Ximena.
Sale Rodrigo.
Dieg. Hijo Rodrigo! *Xim.* Ay de mí!
si son soñadas quimeras?
Sanch. Rodrigo? *Cid.* Tu Magestad
me dé los pies, y tu Alteza.
Urr. Vivo le quiero, aunque ingrato.
Rey. De tan mentirosas nuevas
dónde está quien fué el autor?
Cid. Antes fuéron verdaderas:
que si bien lo adviertes, yo
no mandé decir en ellas
sino solo que venia
á presentarle á Ximena
la cabeza de Rodrigo
en tu estrado, en tu presencia
de Aragon un caballero;
y esto es, señor, cosa cierta,
pues yo vengo de Aragon,
y no vengo sin cabeza,
y la de Martin Gonzalez
está en mi lanza allí fuera:
y esta le presento ahora
en sus manos á Ximena.

Y pues ella en sus pregones
no dixo viva, ni muerta,
ni cortada; pues le doy
de Rodrigo la cabeza,
ya me debe el ser mi esposa;
mas si su rigor me niega
este premio, con mi espada
puede cortarla ella mesma.
Rey. Rodrigo tiene razon,
yo pronuncio la sentencia
en su favor. *Xim.* Ay de mí!
impídeme la vergüenza.
Sanch. Ximena, hacedlo por mí.
Arias Esas dudas no os detengan.
Per. Muy bien os está, sobrina.
Xim. Haré lo que el Cielo ordena.
Cid. Dicha grande! Soy tu esposo.
Xim. Y yo tuya. *Dieg.* Suerte inmensa!
Urr. Ya del corazon te arrojo,
ingrato. *Rey.* Esta noche mesma
vamos, y os desposará
el Obispo de Plasencia.
Sanch. Y yo he de ser el padrino.
Cid. Y acaben de esta manera
las mocedades del Cid,
y las bodas de Ximena.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de Joseph y Tomas de Orga, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos.
Año 1796.